

Retórica y Política

Antonio López Eire
Universidad de Salamanca

Decía Chaignet hace un siglo¹ que la convicción, que es el objetivo de la ciencia, era cosa de un hombre individual consigo mismo, mientras que la persuasión, que es la meta de la Retórica, era siempre cosa de dos, el que persuade y el que se deja persuadir:

«Quand nous sommes convaincus, nous ne sommes vaincus que par nous-même, par nos propres idées. Quand nous sommes persuadés, nous le sommes toujours par autrui»².

Siempre hay, ciertamente, un prójimo tras el discurso retórico persuasivo del que necesitamos y que nos necesita para realizar uno y otro una función imprescindible en el ser humano que es la comunicación a base de procesos de codificación-descodificación y procesos inferenciales destinados a modificar y ampliar el entorno cognitivo mutuo con el fin último de influir mutua e interactivamente en nuestras conductas³.

Todo acto de habla (y el discurso retórico lo es) implica una alocución a un destinatario, de manera que la Retórica es el arte de persuadir mediante un acto de habla dirigido a un destinatario del mensaje físicamente distinto del locutor, pero capaz él mismo de ser interlocutor, lo que significa que uno y otro comparten una misma «competencia comunicativa»⁴, que no es la abstracta «competencia» chomskyana, o sea, la mera posibilidad de producir una infinidad de frases gramaticales coherentes, sino eso y algo más.

La «competencia comunicativa», tal como hoy suele entenderse y nosotros mismos la entendemos, va más allá del conocimiento de la gramática de una lengua y exige el conocimiento de las condiciones de utilización adecuada de las infinitas posibilidades que la gramática ofrece, el conocimiento del «momento oportuno», del *kairós*, como decían los Sofistas, en el que cada una de esas posibilidades ha de realizarse⁵, y una serie de conocimientos verbalizables y verbalizados que el orador en ciernes de un discurso retórico ha de compartir con su audiencia.

La «competencia comunicativa», pues, se nos revela como un dispositivo más complejo de lo que en un primer momento pudiera pensarse, pues en él se entremezclan conocimientos lingüísticos y conocimientos socio-culturales que se adquieren desde la niñez median-

¹ Queremos hacer constar nuestro agradecimiento a la DGICYT (PB 96/1268).

² A. Ed. Chaignet 1888, 93.

³ D. Sperber 1975. D. Sperber-D. Wilson 1986. 1994. C. Kerbrat-Orecchioni 1990.

⁴ D. H. Hymes 1984.

⁵ P. Bourdieu 1977, 20.

te la convivencia y la interacción lingüística en una comunidad política (ciudadana) determinada, que nunca es una comunidad lingüística homogénea, puesto que en ella existen diversos niveles de competencia que a veces llegan hasta el bilingüismo.

El orador que pronuncia un discurso retórico de cualquier especie, forense o deliberativo o de aparato, pero en cualquier caso retórico, es decir, enderezado a la persuasión de sus oyentes, debe sintonizar con éstos a través de una competencia no meramente lingüística, sino «comunicativa», que es propia de quienes participan de una misma ciudadanía.

En el discurso retórico siempre hay un prójimo que además es conciudadano y participa de un código lingüístico común y de una común «competencia comunicativa», es decir, de un conjunto de conceptos políticos o relativos a la común ciudadanía, o sea, a la condición, derechos, cosmovisión, modo de vida, comportamiento, administración y constitución de los ciudadanos, asimismo comunes.

Todas estas facetas estaban incluidas en las antiguas voces griegas *politikós-politiké-politikón*, de las que, a través del latín, deriva nuestro adjetivo «político» y nuestro sustantivo «política», de manera que etimológicamente «político» no es sólo lo relacionado con el gobierno de un país, sino todo lo que tiene relación con la vida pública o civil de un estado, con la vida en comunidad (por eso Aristóteles definió al hombre como un animal «político»)⁶, desde la mentalidad, el pensamiento, la vida y el comportamiento de sus ciudadanos hasta su administración o gobierno.

Lo «político» vendría a ser, además de lo relacionado con el gobierno de un país, lo que hoy día los etnógrafos denominan «socio-cultural», concepto que ha penetrado muy fructíferamente en la «etnografía de la comunicación», disciplina que parte del principio de que una comunidad lingüística se define no por su competencia lingüística ideal, sino por su «competencia comunicativa», que comprende además de los recursos verbales todo un conjunto de reglas de interacción y comunicación y de saberes socio-culturales, o, si se prefiere, «políticos», propios de la comunidad en la que una lengua se habla.

Para estudiosos de la lingüística moderna tan importantes como Hymes⁷, Gumperz⁸, Giglioli⁹, etc., no realizamos actos de habla (ni por tanto actos de habla retóricos) a título individual, sino siempre en la vida social, sometidos a normas sociales que rigen la interacción en una sociedad determinada.

O sea, utilizamos el lenguaje como animales «políticos», es decir sociales o cívicos, para realizar la interacción social, de manera que una Lingüística sólo es seria si es Sociolingüística, como dejó escrito Labov¹⁰, y una Retórica, que enseña a realizar actos de habla que persuadan a los conciudadanos, no tiene sentido alguno al margen de lo «político».

Hoy se habla con frecuencia de lo «políticamente correcto» sin que lo «político» signifique más que lo que atañe a las relaciones de individuos dentro de un grupo social que permite que unos determinados miembros del grupo ejerza el poder sobre los otros.

⁶ Aristóteles, *Política* 1253 a 2.

⁷ D. H. Hymes 1962. 1964.

⁸ J. J. Gumperz-D. H. Hymes (eds.) 1972.

⁹ P. P. Giglioli (ed.) 1972.

¹⁰ W. Labov 1976, 259.

También Aristóteles en su *Política*, que es un tratado sobre las constituciones, tiene de la constitución una idea más sociológica que política, pues para él una constitución no es, como para nosotros, meramente una serie de leyes fundamentales, sino un modo de vida social y político, una serie de hábitos de acción social y política, y las leyes que se entremezclan con ellos no son sino expresiones o salvaguardas de este tipo de vida social y política¹¹.

El hombre es «político» primeramente porque es un animal que vive en comunidad y en segundo lugar porque es capaz de ser hombre de estado.

El hombre ateniense del siglo V a. J. C. era primeramente un ciudadano que vivía en una ciudad-estado o *pólis* libre (esto se decía con el verbo en voz activa *politeúo*) y luego era capaz de ejercer como tal ciudadano de un estado libre, o sea de gobernar democráticamente (esto se decía con el verbo en voz media *politeúomai*).

Todavía un siglo más tarde el filósofo de Estagira define al ciudadano, al *polítes*, como el hombre capaz de desempeñar funciones deliberativas o judiciales¹², o sea, de asistir a la Asamblea y ser miembro de un jurado¹³.

Por consiguiente, allí donde la palabra (y por tanto el concepto) «político» nació, se entendió como lo correspondiente al ciudadano y lo correspondiente al hombre de estado, por la sencilla razón de que un ciudadano podía ser, sin que mediase milagro alguno, un hombre de estado.

Por eso a Aristóteles no se le ocurrió denominar «política» a ninguna de las tres especies de oratoria que nos presenta en su *Retórica*, sino «judicial», «deliberativa» y «epidíctica».

Y no lo hizo porque, al igual que para su maestro Platón¹⁴, de las dos grandes actividades del ser humano que ambos denominaron actividad «política», o sea, del hombre como ciudadano que puede gobernar, y actividad «económica», o sea del hombre dedicado a la administración de una casa y familia, entendía que la actividad oratoria tenía que ver más bien con la primera que con la segunda.

Todo lo más se limitó a establecer que la variedad más hermosa y más «política» y más «comunitaria», o propia de la comunidad, de la actividad oratoria era la que se realizaba mediante alocuciones al pueblo, o sea, la «demegórica», refiriéndose con esta voz, evidentemente, a la que otras veces llama «deliberativa»¹⁵.

Con ello el Estagirita no hace sino dar por sentado que existe ciertamente una diferencia gradual entre las tres especies de oratoria que describe, pero que, a su juicio, las tres variedades que nos muestra, «judicial», «deliberativa» y «epidíctica», son ya de por sí «políticas».

Y esto es así –insistimos– porque cuando nace la palabra «político», la voz *pólis*, de la que en última instancia deriva, apunta a la vez a la sociedad y a la comunidad política, de forma que lo «político» viene a ser a un tiempo lo cívico y lo estatal, o sea, lo socio-político.

En la Atenas clásica un orador (*rhétor*) era sobre todo un orador político, no necesariamente un magistrado electo, sino un simple ciudadano dotado de capacidad para persuadir a la Asamblea popular.

¹¹ R. Robinson 1995, XV.

¹² Aristóteles, *Política* 1275 b 17.

¹³ Aristóteles, *Política* 1275 a 22.

¹⁴ Platón, *El político* 259 c. 303 e.

¹⁵ Aristóteles, *Retórica* 1354 b 22.

En toda Asamblea del Pueblo el heraldo preguntaba a voz en grito: «¿Quién quiere tomar la palabra?»¹⁶ y con esta fórmula se facultaba a cualquier ciudadano para hacer uso y exhibición de su elocuencia, aunque, naturalmente, por lo general fuesen los magistrados en funciones los primeros en responder con sus intervenciones a la invitación a discursar que la formular pregunta les brindaba.

También en nuestras democracias occidentales un ciudadano puede ser a la vez político y ejercer su ciudadanía realizando actos políticos.

En este sentido de la palabra «político», que abarca todos los asuntos y actividades sociales incluida la de la gobernación, es innegable la íntima conexión entre la Retórica y la Política, toda vez que la primera es el arte de la persuasión por medio del lenguaje y éste es una facultad esencialmente político-social.

Sólo hace falta leer con detenimiento el comienzo de la *Política* de Aristóteles para cerciorarse de ello.

En ese pasaje inaugural, el Estagirita afirma que el hombre es un animal «político» por naturaleza –frase que suelen citar a cada momento los politólogos y los políticos en ejercicio–, pero añade que, por ser mucho más «político» que cualquier otro animal, el hombre es también y al mismo tiempo por naturaleza un animal capaz de emplear el lenguaje racional o *lógos*.

Efectivamente, el filósofo griego, tras afirmar la connatural esencia «política» del hombre, añade que, como la Naturaleza no hace nada en vano, al animal «político» que es el hombre le dotó, como cabía esperar, de lenguaje racional o *lógos*, y así –sigue diciendo–, mientras que los demás animales, que no son «políticos», sino, todo lo más, gregarios, poseen la capacidad de expresar sentimientos de placer o dolor, el hombre puede alcanzar una meta más alta, a saber: puede hacer ver a sus congéneres lo provechoso y lo nocivo, lo justo y lo injusto¹⁷.

El lenguaje racional o *lógos*, pues, sirve para expresar con voz, de manera que sea percibido por la razón, lo útil y lo perjudicial, lo lícito y lo ilícito.

En este breve pasaje, que es sumamente importante para tratar de reconstruir el pensamiento global del fundador del Liceo, éste se expresa con claridad y contundencia inmejorables:

Los animales poseen «voz» (*phoné*) al igual que el hombre, con la que expresan el disfrute y el sufrimiento, pero sólo el hombre es dueño del «lenguaje racional» o *lógos*, con el que pone en claro y hace percibir a sus semejantes el bien, el mal, la justicia y los demás valores morales.

Este pasaje hay que relacionarlo con otro de la *Retórica* en el que, el Estagirita define la oratoria deliberativa como la más hermosa o noble y la más cívica o pública (él dice «política») de las formas de oratoria posibles¹⁸.

Con este juicio el discípulo de Platón, además de dejar bien sentado que el hombre es un ser fundamentalmente ciudadano (llega hasta afirmar que la ciudad es anterior al individuo)¹⁹, salvaba a la Retórica, irremisiblemente condenada por su maestro, y la convertía en un arte sumamente útil para el ejercicio de la ciudadanía.

¹⁶ Cf. Aristófanes, *Los Acarnienses* 45.

¹⁷ Aristóteles, *Política* 1253 a 14.

¹⁸ Aristóteles, *Retórica* 1354 b 24.

¹⁹ Aristóteles, *Política* 1253 a 18.

No olvidemos que cuando Aristóteles –rigurosamente contemporáneo del orador Demóstenes– compone su *Retórica*, resuena todavía en Atenas el eco de espléndidos ejemplares de la oratoria política.

En una época en la que la vida privada y la vida pública no se distinguían con la debida nitidez, cabía confeccionar dos artes con las que lograr la síntesis del perfecto ciudadano, el hombre perfecto y el orador cabal, a base de perfeccionar esas dos facetas indisolublemente unidas en los seres humanos que son la sociabilidad y la elocuencia.

Así se explica que Aristóteles, sin negar que la Retórica sea una especie de ciencia en «responsión estrófica» con la Dialéctica²⁰, es decir, correlativa con la Dialéctica, no tarde en precisar en su tratado de Retórica que este arte viene a ser, en realidad, como una «ramificación colateral» de la Dialéctica y del tratado que versa sobre los caracteres al que sería justo denominar Política²¹.

En otro lugar de la *Retórica* el Estagirita insiste machaconamente en que este arte o facultad por su esencia es ciencia analítica y saber político o ético-político: «Pues es cierto lo que ya antes hemos tenido ocasión de decir sobre que la Retórica se compone, por un lado, de la ciencia analítica, y, por otro, del saber político que versa sobre los caracteres»²².

Estos dos componentes que subraya el eximio filósofo al analizar la Retórica responden a sendos ideales, el de hacer un verdadero arte del discurso²³ que resultase bien diferente de lo que era mero empirismo²⁴, y el de atender a las almas de los oyentes como objetivo fundamental de un arte retórica nueva²⁵, que se encuentran ya esbozados en el *Fedro* del insoslayable maestro Platón.

El Estagirita construyó, pues, un arte, la Retórica, que participaba a la vez de la Dialéctica y de la Política, y, más concretamente, dentro de la Política, de esa parcela en la que se trata la Ética o ciencia de los caracteres.

Como por la *Ética a Nicómaco* sabemos que la Política es la «*arkhitékhnē*» o el «arte maestra» del bien supremo para el hombre y por consiguiente todas las demás artes –Retórica incluida– le están sometidas, resulta claro que a la actividad retórica o elocuencia la considera el Estagirita actividad política²⁶, es decir, una actividad propia del ciudadano que la ejerce sobre sus conciudadanos.

Es más, en la *Poética* el Estagirita considera que en la tragedia y en la épica, al igual que en la oratoria, hay un elemento retórico que, dentro de la *diánoia* o «capacidad intelectual que revelan los personajes con sus dichos y sus hechos»²⁷, se encarga de demostrar, de refutar, de suscitar pasiones como la conmiseración, el terror o la cólera, y de magnificar o empuqueñe-

²⁰ Aristóteles, *Retórica* 1354 a 1.

²¹ Aristóteles, *Retórica* 1356 a 25.

²² Aristóteles, *Retórica* 1359 b 8.

²³ Platón, *Fedro* 259 e 1 «Sócrates.– Así que, lo que precisamente nos proponíamos ahora, a saber, cómo está bien trabado un discurso que pronunciar o que escribir y cómo no, eso es lo que hay que examinar».

²⁴ Platón, *Fedro* 270 b 5 «no sólo con una rutina y empirismo, sino con arte».

²⁵ Platón, *Fedro* 271 b «haciendo una clasificación de las especies de los discursos y de las especies de las almas».

²⁶ Aristóteles, *Ética a Nicómaco* 1094 b 3-4.

²⁷ Aristóteles, *Poética* 1450 a 6; 1450 b 10; 1456 a 34.

cer los pensamientos, todo ello a través de discursos comparables a los discursos retóricos, que, como vamos viendo, son, todos ellos, en mayor o menor proporción, civiles o «políticos»²⁸.

De manera que, como lo retórico lo ve Aristóteles subordinado a lo político, es evidente que, desde su punto de vista, hasta en la más alta poesía, esa creación sublime de los hombres, confluirían la Retórica y la Política.

Nada de lo retórico escapa, pues, en la concepción aristotélica, a su connatural sumisión a lo político.

En efecto, aunque Aristóteles es el inventor de la clasificación de la oratoria en tres géneros, judicial, deliberativo y epidíctico o de aparato, lo que parece indicar que hay actividades oratorias no políticas, justamente, sin embargo, esta subdivisión se basa en la concepción del oyente ora como juez, ora como espectador²⁹, lo que implica un necesario sometimiento de la actividad oratoria al juicio de los conciudadanos del orador, sumisión que subraya el carácter esencialmente político de la Retórica

Ahora bien, si el oyente es un juez, debe entrar de lleno en la acción que ante él se está realizando con palabras cuando se pronuncian los discursos que juzga.

Debe por ello preguntarse: «¿Realizó el acusado el acto que se le imputa?», en cuyo caso estamos ante la oratoria judicial, o bien «¿habrá que poner en práctica la política propuesta?», en cuyo caso estamos ante la oratoria deliberativa.

En ambos casos ocurre que una serie de ciudadanos de un estado, que son conciudadanos del orador, tratan de dilucidar escuchando determinados discursos qué es justo y qué es injusto, qué es beneficioso y qué es nocivo.

Luego lo retórico aparece inextricablemente unido y sometido a lo político.

Y cuando, por la otra parte, el oyente no es juez sino espectador, cosa que acontece en la oratoria epidíctica o demostrativa, entonces los conciudadanos de una comunidad política escuchan el elogio o vituperio de alguien o de algo mediante un discurso que pone en juego el código de valores aceptado por la audiencia.

Y así, aun en este caso, la actividad oratoria que explica y mejora la Retórica es inconcebible sin un trasfondo político.

Pues nos asegura el Estagirita que los oyentes de los discursos de esta especie de oratoria, lejos de ser meros espectadores, son también jueces por cuanto que juzgan la capacidad oratoria de su conciudadano orador³⁰.

En suma: Aristóteles, que era un pensador realista e inteligente, se percató de que a la Retórica no sólo le hacía falta el apuntalamiento de la Dialéctica, como si en los discursos sólo hubiese argumentaciones lógicas, sino también el apoyo e incluso el patronazgo de la Política.

Y esto por una sencilla razón: porque los discursos del orador ponen de manifiesto su buen carácter ante sus conciudadanos que le escuchan, y éstos, a su vez, se ven arrastrados pasionalmente por el verbo de aquél.

²⁸ Aristóteles, *Poética* 1456 a 34.

²⁹ Aristóteles, *Retórica* 1358 b 23.

³⁰ Aristóteles, *Retórica* 1358 b 6.

Ahora bien, estos dos hechos, que nada tienen que ver con la argumentación de la Dialéctica, son, sin embargo, de importancia decisiva para que un orador logre la persuasión de sus oyentes, lo que es el objeto y la meta de la Retórica.

El Estagirita, fundador de la Retórica, no pierde en ningún momento de vista la doble condición del hombre que lo convierte en un animal político capaz de convencer a sus conciudadanos haciendo uso de la palabra racional o *lógos*.

Y por esa razón, por ver al hombre como animal político y retórico, capaz de producir cambios político-sociales haciendo uso del lenguaje (instrumento poderoso que argumenta, atrae la benevolencia y excita los ánimos de los oyentes), reclama de su orador ideal un alto grado de moralidad: que sea incapaz de pervertir a un jurado o de incitarle al odio, la envidia o la conmiseración³¹, o bien, en general, de persuadir a su audiencia de lo que es falso³².

Es decir, para Aristóteles, fundador de la ciencia política y pieza clave en la historia de la Retórica, el hombre es a la vez un animal político y retórico.

Pero a esta conclusión no llegó Aristóteles por primera vez.

Un siglo antes la habían alcanzado ya los Sofistas, esos admirables filósofos humanistas que colocaron al hombre en el centro de su filosofía considerándolo la medida de todas las cosas, relativizaron el concepto de verdad y, en suma, humanizaron y democratizaron la filosofía.

En efecto, Protágoras, en el diálogo platónico que lleva su nombre, afirma que o se concede que todo hombre tiene capacidad política o no existirán las ciudades³³.

Discutiendo con el Sócrates platónico, sostiene que de carpintería el que en realidad entiende es el carpintero y de arquitectura el arquitecto –hasta aquí de acuerdo con su contrincante–, pero que de política –y en este punto discrepa abiertamente de él– todo ciudadano entiende, todo ciudadano participa de la excelencia política, de la *areté* política, por lo que con toda justicia se le permite el uso de la palabra en las asambleas³⁴.

Para fundamentar esta aseveración, ha contado previamente uno de los mitos más hermosos que conozco, el famoso «mito de Protágoras»³⁵.

Hubo un tiempo en que sólo los dioses hollaban la faz del planeta. Todavía Zeus no había hecho surgir del centro de la tierra, mezclados de barro y fuego, a los hombres y a los animales. Cuando lo hizo, encargó a dos titanes hermanos, Prometeo y Epimeteo, el reparto de los dones que a cada especie de estos seres vivos les correspondían.

Pero héteme aquí que empezó la distribución Epimeteo, y, alocado como era, se le fue la mano con los animales, y por eso éstos son más fuertes, más rápidos, más aptos para la supervivencia que los humanos. El insensato repartidor les había regalado generosamente una excelente y larga dotación de facultades para sobrevivir.

Pero entonces Prometeo, en cuanto le llegó el turno y se percató de este desaguisado, para remediar la inferioridad de condiciones en que veía sumidos a los hombres respecto de las bestias, pues aquéllos se encontraban desnudos frente a lo ricamente pertrechadas que estaban

³¹ Aristóteles, *Retórica* 1354 a 24.

³² Aristóteles, *Retórica* 1355 a 31.

³³ Platón, *Protágoras* 322 e.

³⁴ Platón, *Protágoras* 323 a.

³⁵ Platón, *Protágoras* 320 c.

éstas, robó el fuego sagrado del taller de Hefesto el dios de las artes y de Atenea la diosa de la sabiduría y se lo regaló a los humanos. Pues pensó, acertadamente, que sin el fuego el hombre no podría alcanzar ni poner en práctica la sabiduría de las artes.

Y así se explica esa chispa divina que atesora el frágil hombre y lo diferencia de los animales, mucho más duros y resistentes que él.

Por ella, en virtud de esa consaguineidad con los dioses nacida de compartir las artes derivadas del fuego³⁶, el hombre fue la única criatura que veneró a las divinidades y erigió en su honor templos y estatuas.

Y por ella, gracias al arte de la divina sabiduría que trajo consigo el fuego, pronto comenzó a articular voces y palabras y a inventarse moradas, vestido, calzado, lecho y hasta el aprovechamiento de las fuentes de alimentación que la misma tierra le ofrecía.

Pero aun en poder de esa divina centella de la que deriva el lenguaje racional, el *lógos*, ligado a toda sabia técnica, los hombres vivían aislados y diseminados, pues aún no existían las ciudades ni tampoco –obviamente– el arte de convivir en las ciudades o arte política, y eran devorados por las fieras, más fuertes y feroces que los desvalidos seres humanos.

Y cuando por mor de la supervivencia llegaban a asociarse, surgía entre ellos una fiera mucho más dañina que los animales salvajes, a saber: la disensión o la discordia, que, originada en las mutuas injusticias y agravios, los enzarzaba en mortíferas reyertas y a los supervivientes los conducía de nuevo inexorablemente a la dispersión y al aislamiento, con lo que volvían a ser una vez más fácil presa de las alimañas.

La situación, de tan grave que era, llegó a preocupar al mismo Zeus, que, temiendo muy seriamente la extinción de la raza humana, decidió tomar cartas en el asunto.

Y lo hizo ordenando a su mensajero el dios Hermes que bajase a la tierra a distribuir entre los humanos, a fuer de dones, los preceptos del Respeto y la Justicia, y encomendándole al mismo tiempo muy encarecidamente que los repartiera entre todos por igual, con el fin de que nadie se llamara a engaño cuando comprobara que el incumplimiento de ellos le acarrearía incluso la pena de muerte.

Y por esa razón, porque del arte política todo hombre debe participar aunque de cada una de las demás artes participen sólo unas minorías, si se pretende que una ciudad exista, y porque todo hombre, por tanto, está obligado al cumplimiento de esos dos preceptos que son el fundamento de la ética ciudadana, o sea de la política, y puede ser castigado con la pena capital si los incumple, toda vez que ya no le será posible alegar en su descargo desconocimiento de ellos, se ha de permitir en compensación a todo ciudadano intervenir en la política de su ciudad.

Como requisito de la existencia de una ciudad, hay que dar por sentado, consiguientemente, que el sentimiento de justicia y el sano juicio lo poseen todos los ciudadanos, de manera que todos ellos serán capaces de ejercitar esta su excelencia política (*la areté politiké*) aconsejando a la ciudad³⁷.

Luego el hombre es un animal político.

³⁶ Platón, *Protágoras* 322 a.

³⁷ Platón, *Protágoras* 322 d-e.

Y Gorgias de Leontinos, otro Sofista también del siglo V a. J. C., en el diálogo platónico titulado precisamente con su nombre, en el que interviene como personaje invitado principal, sostiene que todo hombre posee capacidad retórica en virtud de su sociabilidad y politividad, es decir, es capaz de usar el lenguaje para realizar cambios político-sociales.

Sólo así se explica que defina la Retórica, en una de las primeras definiciones que de ella ha llegado hasta nosotros, como el arte de persuadir a los asambleístas en la Asamblea y a los consejeros en el Consejo y a los conciudadanos allí donde una reunión de ciudadanos se produzca³⁸.

Esta definición reza así porque, como explica en el *Elogio de Helena* con palabras y conceptos nada alejados de los que se usan en la moderna Pragmática, «el lenguaje es un gran soberano que con un cuerpo minúsculo y aun insignificante lleva a cabo divínimas obras, pues enhechiza, persuade y hace cambiar de opinión»³⁹.

De modo que el hombre es un animal político y retórico al mismo tiempo. Y esto implica que la Retórica es siempre esencialmente política, aunque unas veces lo es más manifiesta y ostensiblemente que otras, pues parece evidente que la Retórica es planta que se cría vigorosa en el plantel de la democracia, mientras que se debilita y pierde su peculiar pujanza y natural lozanía cuando se oculta y disimula bajo encubridora hojarasca en el terruño hostil de la tiranía.

En efecto, cuenta Jenofonte en *Las Memorables*⁴⁰ que lo primero que prohibieron los Treinta Tiranos al hacerse con el poder en Atenas nada más finalizar la Guerra del Peloponeso (403 a. J. C.) fue la enseñanza de la Retórica, y refiere asimismo Suetonio en su obra *Sobre los gramáticos y los rétores*⁴¹ que cuando la Retórica, trasplantada de Grecia, brotó en Roma en el siglo I a. J. C., la aristocracia senatorial romana, viendo en ella un claro y peligroso síntoma del progreso democrático, intentó silenciar a los maestros de oratoria.

Y, por si esto fuera poco, Tácito en el *Diálogo sobre los oradores* nos muestra a Materno, su personaje principal, abandonando, en tiempos nada propicios a la libertad de palabra, la oratoria para dedicarse a un sucedáneo del arte de la elocuencia: la poesía retórica, mientras él mismo, fuera ya del comentado texto o, por mejor decirlo, en el contexto de la realidad, obedeciendo a la misma imposición del mal cariz de las circunstancias, renunciaba a la oratoria para entregarse a una historiografía literaria y por tanto retórica y retorizada que cultivó con inusual acierto.

La Política influye en la Retórica porque la Retórica es política y le resulta imposible abstraerse totalmente de la Política.

La etimología misma de la palabra «retórica» proclama a gritos su relación íntima con la Política.

En efecto, «retórica» es el arte del «*rhétor*», el político que en el mundo griego de habla o dialecto dórico, es capaz de hacer una «*rhétra*», o sea, una propuesta de ley.

Efectivamente, en jonio al orador que habla en la asamblea de los guerreros no se le llama *rhétor*, sino *rhetér*.

³⁸ Platón, *Gorgias* 452 e.

³⁹ Gorgias, *Fragmento* 11, 10 D-K.

⁴⁰ Jenofonte, *Memorables* I, 2, 31.

⁴¹ Suetonio, *Sobre los gramáticos y los rétores* 1.

En el poema homérico que es la *Ilíada*, concretamente en el canto nono, Fénix, que ha ido en calidad de embajador a la tienda de campaña de Aquiles para intentar inducirle a deponer su resentimiento contra Agamenón y reanudar el combate contra los troyanos, le recuerda que, por encargo de su padre, Peleo, le instruyó para hacer de él un «realizador de hazañas» (*prektér érgon*) y un «pronunciador de discursos» (*rhetér múthon*), o sea, un esforzado guerrero y un elocuente orador⁴².

La diferencia de sufijo es importante. Si es innegable que ambos sufijos *-ter* y *-tor* son propios del griego común y se diferencian en que *-tor* contribuye a constituir formas de valor participial, mientras que *-ter* conforma nombres de agente de una función⁴³, no lo es menos que fue la forma con sufijo *-tor*, *rhétor*, la que, significando «autor de una *rhétra*» o «decreto verbal aprobado en la asamblea», se impuso, desde las comunidades de habla doria en toda la Hélade⁴⁴, y ese significado es particularmente claro en comunidades de dialecto dórico.

Son especialmente famosas, en efecto, la *Gran Retra* o gran decreto aprobado por los lacedemonios a propuesta de su legislador por antonomasia Licurgo en el siglo VII a. J. C.⁴⁵, así como las numerosas *retras*, o propuestas pasadas a decretos luego convertidos en leyes, de los eleos. En ambos casos estamos en el mundo griego de dialecto dórico.

La palabra y el arte de la Retórica llegaron a Atenas a comienzos del siglo V a. J. C., procedentes de una localidad de habla dórica, Siracusa, donde –tal como lo cuenta Cicerón en el diálogo *Bruto*⁴⁶ basándose en doctrina aristotélica– se había empezado a enseñar el arte de la elocuencia en unas circunstancias políticas propicias: cuando, en el segundo cuarto del siglo V a. J. C., a raíz del derrocamiento de la tiranía y el establecimiento de la democracia, los nobles terratenientes (los *gamóroi*) cuyas propiedades habían sido confiscadas por el tirano podían entonces ya recuperarlas pleiteando ante tribunales populares constituidos al efecto.

Fue entonces cuando, según sigue refiriendo Cicerón en el *Bruto*, para que los demandantes salieran airosos en esos pleitos de recuperación de propiedades, Córax y Tisias compusieron su libro de preceptos o *Arte*,⁴⁷ con lo que se convirtieron en los creadores de la Retórica, aunque, desde luego, ya antes de la invención de este arte hubo oradores que aderezaron y pronunciaron discursos caracterizados por una enorme precisión lingüística y una forma muy esmerada.⁴⁸

Todo este pasaje del ciceroniano *Bruto* ha de ser sometido hoy día a una lectura moderna acorde con nuestros actuales conocimientos de la Historia de Grecia.

Hoy sabemos muy bien que un tirano es un noble que en un momento determinado de su carrera política decide dar la espalda a sus congéneres, o sea, a sus iguales por el linaje, y poner en práctica una política a todas luces demagógica para de este modo ganarse el favor popular.

⁴² Homero, *Ilíada* IX, 443-4 “por eso me mandó para enseñarte / estas acciones todas: / a ser de los discursos orador /cumplido y ejecutor de hazañas”.

⁴³ E. Benveniste, 54 ss.

⁴⁴ A. Meillet, 1965, 236.

⁴⁵ Plutarco, *Licurgo* 3.

⁴⁶ Cicerón, *Bruto* 46.

⁴⁷ Cicerón, *Bruto* 46, 27 *artem et praecepta Siculos Coracem et Tisiam conscripsisse*.

⁴⁸ Cicerón, *Bruto* 46, 28 *nam antea neminem solitum via nec arte, sed accurate tamen et descripte plerosque dicere*.

El pueblo, entonces, premiaba esta súbita devoción del aristócrata demagogo votando a su favor en la asamblea una guardia de corps que le protegiera, con la que el tirano no tardaba en hacerse con el poder⁴⁹.

A continuación, para mantenerse en él empleaba no tanto la represión (tal como, sin embargo, hizo Periandro de Corinto), como una política de claro corte populista, basada en mantener entretenido al pueblo a base de ambiciosos programas de incesantes obras públicas y brillantes festejos populares, y apoyada en una estrategia cuidadosamente practicada y del todo volcada en las relaciones con su más peligroso y temido enemigo, a saber, la aristocracia.

Los tiranos desterraban a los nobles levantiscos y confiscaban sus propiedades.

Pero cuando las cosas empezaron a irles irremediablemente mal, el pueblo acudió a sus antiguos líderes naturales, es decir: los nobles, y pactó con ellos el derrocamiento de la tiranía y la instauración de un nuevo régimen político, la democracia, en el que el pueblo se erigía en el principal depositario, administrador y dueño absoluto del poder.

El Alcmeónida Clístenes, en Atenas, desde el exilio, se encargó de dirigir el movimiento de protesta contra la tiranía.

Curiosamente, Clístenes era, por un lado, un noble Alcmeónida y, por otro, era nieto del tirano de Sición, de quien llevaba el nombre (Clístenes de Sición, 665-565 a. J. C.).

Pero, volviendo a Siracusa y al relato de Cicerón, parece evidente que son los eupátridas o nobles y los poseedores de tierra (los *gamóroi*) los que, primeramente, incurrieron en las iras del tirano y fueron desterrados y desposeídos por él, y luego, instaurada ya la democracia, se vieron obligados a pleitear ante los *dicastas* o jurados populares nombrados por sorteo entre los sencillos y simples ciudadanos.

Es, pues, evidente que la Retórica nació en condiciones políticas muy favorables: aristócratas desposeídos de sus tierras por el tirano tratan de recuperarlas mediante discursos elaborados por la recién nacida arte retórica que van dirigidos a convencer y ganar la benevolencia de sencillos ciudadanos que acaban de hacerse con el poder.

Estos privilegiados aristócratas terratenientes, a la vez que ejercitaban sus dotes oratorias, realizaban un ejercicio de humildad política al reconocer que sólo la voluntad del pueblo soberano podría legitimar sus pretensiones a lo que ellos consideraban sus ancestrales legítimos derechos.

Una fuente fiable sobre los orígenes de la *Retórica*⁵⁰ nos informa de que Córax desarrolló su actividad en la Siracusa ya democrática,⁵¹ es decir, a partir el año 467 a. J. C., dedicando especial atención a la oratoria deliberativa o política,⁵² y que inventó un esquema tripartito de discurso deliberativo⁵³ que cualquier ciudadano en el nuevo régimen podía ya sin mayor problema pronunciar en la Asamblea, lo que indica una muy temprana aplicación de la elocuencia a la gestión de los asuntos públicos.

⁴⁹ Cf., por ejemplo, el caso de Pisístrato narrado por Heródoto en I, 59-64.

⁵⁰ Me refiero al grupo de *Prolegómena* número 4. de la colección de Rabe: 4, 12, p. 25 Rabe.

⁵¹ 4, 12, p. 25 Rabe.

⁵² 4, 13, p. 25 Rabe.

⁵³ 4, 13, p. 25-6 Rabe.

Las partes que establecía para esta especie de discurso, perteneciente al género de la retórica política o deliberativa, eran: proemio, *agón* acompañado de narración, y epílogo.⁵⁴

Según Kennedy,⁵⁵ Córax fue, probablemente, un orador político, es decir, dedicado especialmente a la oratoria deliberativa, y Tisias un escritor de discursos judiciales que aprendió de Córax el empleo del argumento de probabilidad (pues es significativo el hecho de que Aristóteles⁵⁶ atribuya a Córax el mismo ejemplo de argumento de probabilidad que Platón⁵⁷ había atribuido a Tisias) y la división tripartita del discurso (pues se ajusta mucho mejor a un discurso del género deliberativo que a uno del género judicial).

Córax, Tisias, o Córax y Tisias conjuntamente fueron los autores de la primera *Arte retórica* de Grecia y por tanto de Occidente.

En la *Retórica* se refiere Aristóteles al *Arte* de Córax,⁵⁸ mientras que en *Refutaciones sofísticas* enumera a la cabeza de los tratadistas, inmediatamente después de los pioneros, a Tisias⁵⁹.

Platón en el *Fedro* se refiere al *Arte* de Tisias como si todavía fuera posible tenerlo ante la vista y entre las manos,⁶⁰ pues Sócrates le dice a Fedro: «por lo menos a Tisias (entiéndase: el *Arte* que Tisias compuso) te lo tienes pateado (entiéndase: estudiado) con mucho esmero».

Y Cicerón en *De inventione* nombra a Tisias como inventor de la retórica,⁶¹ mientras que, como hemos visto, en el *Bruto*,⁶² siguiendo al Estagirita, afirma que fueron Córax y Tisias quienes por vez primera compusieron un *Arte* y unos preceptos retóricos.

Y esta última versión es la que recoge y expone Quintiliano⁶³.

Lo más probable es que Tisias hubiera recogido por escrito en su *Tratado del Arte retórica* doctrinas que le habían sido expuestas oralmente por Córax⁶⁴.

Lo interesante es, sobre todo, que tanto el uno como el otro estudiaron la manera de componer óptimos discursos que convencieran, lejos ya del agobio de la ley del más fuerte, a sus conciudadanos convertidos *gracias a la democracia* en jurados y en ciudadanos responsables del rumbo de la política.

Sin ese grado de libertad política que sólo la democracia proporciona no habrían existido ni los jurados populares en los tribunales de justicia ni las asambleas de ciudadanos auto-gobernándose ni los hermosos discursos de relevantes personalidades pronunciados ante sus compatriotas para celebrar solemnemente sucesos memorables, ni, por tanto, la Retórica, que por este cúmulo de circunstancias que acompañaron su nacimiento se nos revela esencialmente política.

La Retórica nace, por consiguiente, cuando resulta posible, necesario y beneficioso convencer por la palabra en las asambleas y en el foro.

⁵⁴ 4, 13, p. 25-6 Rabe.

⁵⁵ G. Kennedy 1963, 58-61.

⁵⁶ Aristóteles, *Retórica* 1402 a 18.

⁵⁷ Platón, *Fedro* 273 a 6 ss.

⁵⁸ Aristóteles, *Retórica* 1402 a 17.

⁵⁹ Aristóteles, *Refutaciones Sofísticas* 183 b.

⁶⁰ Platón, *Fedro* 273 a 6.

⁶¹ Cicerón, *Sobre la invención* 2, 2, 6 *ac veteres quidem scriptores artis usque a principe illo atque inventore Tisia repetitos unum in locum conduxit Aristoteles.*

⁶² Cicerón, *Bruto* 46, 27 *artem et praecepta Siculos Coracem et Tisiam conscripsisse.*

⁶³ Quintiliano 3, 1, 8 *artium scriptores antiquissimi Corax et Tisias Siculi.*

⁶⁴ Cf. *RE* V 139-49; cf. especialmente 141-2.

La Retórica surge pujante cuando la oratoria se afianza y se amplía su campo de acción y el número de sus usuarios.

Está fuera de toda duda que el régimen democrático favorece no sólo la oratoria judicial, sino asimismo la deliberativa o política, ya que la democracia incrementa el número de hablantes que hacen uso de la palabra desde la tribuna y de oyentes que el orador debe convencer porque su voto es decisivo.

Es más, la democracia beneficia hasta a la oratoria epidíctica, pues, por ejemplo, el régimen democrático ateniense promocionaba, a comienzos del siglo V a. J. C., una de las más importantes actividades de esta especie, a saber: la institución⁶⁵ de los “discursos funerarios”, *epitáphioi lógoi*, cuya pronunciación constituía una importante ocasión de acción política encaminada a la loa del pueblo que poseía y ostentaba el poder y al que había por ello que halagar.

Estos discursos epidícticos funerarios venían a ser los sustitutos de aquellos poéticos *thrênoi* o “cantos fúnebres”, como los que leemos en la *Ilíada* en honor del valeroso príncipe Héctor que dio su vida en defensa de su patria.

La diferencia, sin embargo, es clara: con poéticos cantos, «trenos» o *thrênoi*, se lloraba a los aristócratas guerreros caídos en el campo de batalla. Con los discursos retóricos fúnebres, «epitafios» o *epitáphioi*, en cambio, se hacía el elogio de los ciudadanos libres muertos en defensa de su patria y a la vez de la constitución democrática por la que los nuevos héroes democráticos se regían.

Precisamente, los discursos funerarios son un rito hondamente enraizado en la democracia. Basta recordar que en uno de ellos, pronunciado el año 431 a. J. C., Pericles⁶⁶ hizo una espléndida presentación de los ideales democráticos.

Mostraba en él a los atenienses que su sistema político era modélico y objeto de emulación entre los griegos.

Les explicaba cómo el nombre de esa modalidad de régimen político, *demokratía*, «democracia» o «poder popular», significaba realmente que la administración de los asuntos públicos no se hacía con vistas al interés de unos pocos, sino de la mayoría de los ciudadanos.

Y, por último, les recordaba que gracias a ese poder político popular todos los atenienses eran iguales ante la ley, aunque no a la hora de recibir cargos y honores, pues éstos cada cual los obtenía exclusivamente en virtud de sus particulares méritos, sin que la pobreza pudiera cerrar en ningún caso el acceso a los puestos de responsabilidad ciudadana a quienquiera tuviese capacidad para prestar algún servicio a la ciudad⁶⁷.

Según Cicerón en el *Bruto*,⁶⁸ la oratoria, esa realización que regula y controla la Retórica, es compañera de la paz, camarada del tiempo libre y una especie de hija de un régimen político bien asentado.

⁶⁵ Cf. D. 20, 141 “En primer lugar, sois los únicos de entre todos los hombres, que en honor de los muertos pronunciáis públicamente discursos fúnebres, en los cuales celebráis las hazañas de los bravos varones”.

⁶⁶ Tucídides 2, 35 ss.

⁶⁷ Tucídides 2, 37, 1.

⁶⁸ Cicerón, *Bruto* 46, 22 *Pacis est comes otique socia et iam bene constitutae civitatis quasi alumna quaedam elocuentia.*

En efecto, la Retórica, como arte que se ocupa de la oratoria buscando a través de ella lograr la persuasión, es por su natural política y democrática, o sea, amiga de influir en los conciudadanos pero enemiga acérrima de la violencia y de la imposición por la fuerza.

Así, por lo menos, lo expresaron Demócrito y –¡cómo no, si la Sofística es esencialmente una filosofía democrática!– Gorgias.

Del primero leemos estas bonitas palabras:⁶⁹ “Mayor fuerza mostrará para animar a la virtud quien emplea la exhortación y la persuasión por la palabra que quien hace uso de la ley y de la fuerza”.

Del segundo he aquí lo que de él recordaba Protarco, el interlocutor de Sócrates en el *Filebo*:⁷⁰ “La verdad es que yo a cada momento oía decir muchas veces a Gorgias que el arte de persuadir prevalecía con mucho sobre todas las demás artes, pues todas las cosas las sometía y las hacía esclavas suyas por las buenas y no por la fuerza”.

Luego la Retórica es política y democrática de nacimiento.

También en Atenas la Retórica se afianzó y se consolidó definitivamente como arte por la vía de la política, gracias a una reforma democrática radical, la reforma de Efialtes, del 462 a. J. C., consistente en que los procesos dejaron de ser juzgados por los magistrados o los miembros del arcaico tribunal del Areópago y pasaron a la jurisdicción de nuevos tribunales formados por jurados populares que emitían inapelables veredictos a fuer de jueces.

Estos jurados o, por decirlo a la griega, *dicastas*, que entendían en la causa y emitían veredictos como auténticos jueces, no por ello dejaban de ser sencillos ciudadanos designados por la arbitrariedad del sorteo.

Justamente por esta su idiosincrasia de sencillos ciudadanos, estaban más abiertos a la seducción de la jugosa y difusa palabra retórica que a la contundencia lógica del escueto y sólido argumento presuntamente verdadero.

La Retórica es, pues, política porque nace y se desarrolla en el sano y abierto ambiente de la democracia radical, aquél en el que los ciudadanos juzgan a sus conciudadanos en causas judiciales y políticas y hasta en las celebraciones estatales, pues en este último caso juzgan al menos su habilidad oratoria⁷¹.

Pues bien, a partir de la reforma de Efialtes, por lo que se refiere a las cuestiones judiciales, los magistrados o arcontes sólo figurarán ya en las encuestas o interrogatorios preliminares de cada caso previas a la vista de la causa, y el ya vetusto y obsoleto tribunal del Areópago sólo poseerá jurisdicción en casos de homicidio o relativos a determinados asuntos de índole religiosa.

En todos los demás pleitos, es decir, en la mayoría de los procesos judiciales, los litigantes deben pronunciar discursos de acusación o defensa ante sencillos y poco o nada ilustrados ciudadanos atenienses.

Éstos, naturalmente, no eran por lo regular expertos en leyes ni profesionales del derecho ni destacados peritos en argumentación lógica.

En cambio, sí eran amantes de la belleza lograda por medio de la palabra a lo largo de una exposición brillante y acertadamente ejecutada.

⁶⁹ Demócrito, B 181 D-K.

⁷⁰ Platón, *Filebo* 58.

⁷¹ Aristóteles, *Retórica* 1358 b 6.

Y eran, además, fáciles presas de la emoción que esa arma mágica que es la palabra puede fácilmente suscitar en los oyentes.

Y, por último, no eran nada desagradecidos a cualquier halago que se les dirigiera, pues, como dice el viejo Filocleón de la comedia aristofánica titulada *Las Avispas*, un anciano que se desvivía por actuar de jurado-juez en los tribunales de justicia a cambio de una módica retribución estatal, cuando un jurado se encuentra ocupando su asiento en un tribunal y escuchando a los acusados “emitir a viva voz todos los tonos posibles para obtener la absolución, a ver, ¿qué halago no le es dado al juez escuchar allí?”⁷².

Bajo este generalizado comportamiento de las masas populares en la recién establecida democracia se oculta un pacto previo del pueblo con la nobleza: los nobles conservarían, tras el derrocamiento de la tiranía, las funciones ancestrales de sus estirpes siempre que se tratara de ocupar cargos representativos (por ejemplo, la aristocrática familia ateniense de los Eteobúttadas, a la que pertenecía el orador del siglo IV a. J. C. Licurgo, estaba vinculada a altos cargos sacerdotales como el sumo sacerdocio de Posidón, Atena y Dioniso), pero el poder político estaría indefectiblemente en manos del pueblo, muy en especial el poder judicial, que en la democrática Atenas era una faceta más del poder político.

Con ello las relaciones de poder político se alteraron considerablemente: Si antes los nobles eran los jueces y los intérpretes del derecho divino y humano (Hesíodo se quejaba de los desafueros y las «torcidas sentencias»⁷³ de los reyes «devoradores de regalos»⁷⁴ que se dejaban sobornar), ahora, en cambio, van a juzgar, van a ser *dicastas* o jurados, ya no ellos, los mismos de siempre, los aristócratas, sino los simples y sencillos ciudadanos designados por la suerte en virtud de mero sorteo.

En este cambio radicaba la transformación política que desde la aristocracia, a través de la tiranía, condujo a la democracia.

Y precisamente en esta coyuntura afloran esos *dicastas* o jurados o ciudadanos-jueces que son importantísimos por el papel fundamental que desarrollaron en el nacimiento de la Retórica.

Estos ciudadanos-jueces no necesitan conocimientos especiales para juzgar las causas debatidas en los procesos judiciales. Les basta y les sobra con dejarse convencer o conmovir por los discursos de una de las partes enfrentadas en litigio.

Por ello –para evitar comprometidas intervenciones de unos jurados (*dicastas*) que no son sino jueces iletrados e incultos en su mayoría–, se fija muy estrictamente el procedimiento a seguir: intervienen las partes, cada una con un discurso inicial y otro de réplica, y, oídos los cuatro discursos pronunciados sin interrupción alguna y sin mediar ninguna interrogación, inquisición o intromisión por parte de los jurados-jueces (*dicastas*), éstos emiten el veredicto que es justamente la sentencia que dirime el pleito.

De esta manera se fijaron de una vez por todas los tres puntales en los que se sustenta todo discurso retórico:

En primer término, una argumentación esencialmente conjetural, pues en los discursos retóricos se trata o del pasado o del futuro y los hechos del uno y del otro espacio temporal

⁷² Aristófanes, *Las Avispas*. 561-2.

⁷³ Hesíodo, *Los Trabajos y los Días* 219; 250.

⁷⁴ Hesíodo, *Los Trabajos y los Días* 221; 264.

sólo se pueden presentar en calidad de verosímiles o conjeturales, pues nadie puede reproducir los hechos pasados ni retrotraer al presente los aún no acontecidos.

En segundo lugar, una manifestación del carácter (del *êthos*) del orador, pues el noble o terrateniente asimilado a la nobleza que pleitea para recuperar sus tierras ante jurados populares debe mostrarse políticamente correcto, enemigo de la tiranía y adicto leal a la causa democrática.

Y, en tercer lugar, una apelación a los sentimientos o estados de ánimo (*páthos*), un zarandeo pasional que perturbe el alma de los jueces o jurados, que son sencillos ciudadanos que más se dejan impresionar por el acaloramiento pasional que por la frialdad de la razón.

Gracias a los progresos de las modernas publicística y politología, sabemos que un argumento sentimental emocionalmente cargado vale más que varios argumentos lógicos pertrechados del más exigente rigor.

Consiguientemente, fueron las favorables circunstancias políticas, o sea, las de una democracia radical en la que los simples ciudadanos designados por sorteo eran los jurados y los jueces de los tribunales de justicia, las que hicieron brotar la Retórica.

En un sistema político en el que las decisiones políticas y judiciales se tomaban tras el veredicto emitido por asambleas de ciudadanos, es lógico que la oratoria política y la forense se solapen, y de hecho en la Atenas de época clásica se detectan importantes semejanzas entre los discursos de los procesos políticos y los correspondientes a litigios judiciales.

Muchos elementos y tópicos de la oratoria política de los discursos de Tucídides se reencontran en los discursos judiciales (por ejemplo, los lugares comunes de la «conveniencia», la «justicia» o el «honor»)⁷⁵, así como la manera de argumentar y la anhelante búsqueda del flanco sentimentalmente o emocionalmente débil de los oyentes que han de juzgar la intervención del orador⁷⁶.

La influencia de la oratoria judicial, mucho más frecuente, sobre la política parece clara en estos casos, pero no debemos olvidar que en la época clásica de Atenas, en la que oratoria y Retórica alcanzaron su apogeo⁷⁷, un debate político era el *agón* o competición de un abogado que defendía su punto de vista contra el de sus adversarios en presencia de sus conciudadanos jueces o árbitros de la disensión, y un proceso judicial era un *agón* o competición de un ciudadano contra otro, la parte contraria, en presencia también de unos conciudadanos-jueces que con su voto dirimían el litigio. La similitud de ambos tipos de procedimiento es evidente.

Y, si esto es así, ello se debe a que inevitablemente la Retórica es y seguirá siendo lo que desde su nacimiento fue, es decir, una disciplina y actividad esencialmente política.

Efectivamente, incluso en los tiempos de represión de la «parresía» o libertad de palabra, cuando la Retórica política ya no tenía cabida en la ciudad ni en el estado ni en el imperio sujeto por la áurea cadena de Roma, aun en estas difícilísimas y adversas circunstancias, el arte de la elocuencia, abandonando precavidamente la diafanidad del ágora para ocultarse en la lobreguez de la escuela, continuó siendo política, si bien de una especial manera y a escondidas.

⁷⁵ G. Kennedy 1963, 204.

⁷⁶ Ch. Carey 1994, 33.

⁷⁷ Sobre oratoria y Retórica áticas, cf. F. Blass 1874-1880; J. F. Dobson 1919.

Pues, ciertamente, allí, en las aulas, permaneció impertérrita, fiel a su primordial objetivo, ejerciendo como podía y la situación política le permitía su natural función, a saber: disfrazando de ejercicios escolares y declamatorios los discursos que debieran ser pronunciados en público para con ellos persuadir a los conciudadanos.

La Retórica griega que sobrevivió a la pérdida de autonomía de las ciudades-estados o *póleis*, y a la batalla de Queronea del año 338 a. J. C., en la que el monarca macedonio Filipo derrotó a una Atenas convertida en defensora de las libertades de los pequeños estados, y a la muerte de Demóstenes y a la consiguiente extinción de su elocuente voz defensora de la libertad frente al poder amenazador de Filipo, por fuerza no podía ser la misma que había prevalecido en la época clásica.

Cuando se derrumba el concepto de la autárquica ciudad-estado o *pólis* y sobre todas las antiguas *póleis* se cierne amenazadora la sombra de Macedonia, ¿qué sentido puede tener ya perorar en la Asamblea?

¿No tendría mucho más sentido dirigirse con cartas y discursos escritos a la élite rectora de la política del momento y abrir escuela para que los nuevos gobernantes sean de ahora en adelante expertos a la vez en Política y Retórica?

Eso es lo que hace, por ejemplo, Isócrates, que escribe cartas a los prohombres de su tiempo, a Dionisio de Siracusa, a Filipo de Macedonia, a Jasón de Feras, intentando moverlos a la acción política que le parecía aconsejar la situación del momento; compone hermosos discursos escritos y epidícticos para exponer a la élite intelectual y política del momento su programa político: la reconciliación de los griegos y la campaña conjunta de los helenos contra el enemigo común que son los persas (ésta es, por ejemplo, la tesis de su discurso titulado *Panegírico*), los deberes de un monarca (en *A Demónico* y *A Nicocles*) y los deberes de los ciudadanos (en el *Nicocles*); y, por último, abre una escuela por la que desfilaron importantes personalidades del mundo de la cultura, las letras y la política.

La Retórica se refugia en la escuela y, continuadora de una especie de Retórica didáctica y a la vez epidíctica que habían puesto en circulación los Sofistas con discursos de aparato y de enseñanza como los gorgianos *Encomio de Helena* y *Defensa de Palamedes*, se hace ella misma escolar, pedagógica, epidíctica, escrita, moral, moralizante y literaturizada.

La Retórica de la Época Helenística es, ciertamente, una Retórica escolar, la que se explicaba en las escuelas de Retórica a los niños de doce o catorce años a base de algo de teoría y muchos ejercicios prácticos de declamaciones que imitaban los ejemplos previamente estudiados.

Nada queda de la oratoria griega de los tres siglos que precedieron el comienzo de nuestra era⁷⁸ y los discursos griegos que han llegado hasta nosotros desde la época romana son los discursos de los oradores de la llamada «Segunda Sofística», algunos realmente pronunciados, otros meramente escritos para consagrarse y servir de modelos y, desde luego, todos ellos epidícticos.

Algo ha cambiado en la Retórica.

Pero, pese a ello, la Retórica no ha perdido su esencial carácter político.

⁷⁸ Sobre la Retórica griega en la Época Helenística, cf. S. E. Porter (ed.) 1997.

Sirvan de prueba estos ejemplos: Uno de los ejercicios de declamación más frecuente durante esos largos siglos de Retórica escolar era el que versaba sobre el tema del «Tiranizada», tema eminentemente político, sobre el que compuso un opúsculo el propio Luciano de Samósata en el siglo II d. d. C.

Gracias, pues, a la Retórica, en el aula y con el pretexto del ejercicio escolar, se podía tratar de asuntos y temas que fuera de ese recinto podían suscitar desaconsejables suspicacias y recelos.

Y además gracias a la Retórica, que se resignaba a perder la actualización de su esencialidad política, se podía soñar en la mágica actualidad de un pasado irrecuperable hacia el que se miraba con añoranza.

Elio Aristides, Sofista de la Segunda Sofística o Deuterosophista, si se prefiere, compuso sus *Discursos Sicilianos* imaginando las respuestas que se le habrían dado en la Asamblea de Atenas al mensajero que en nombre del general Nicías solicitaba refuerzos para llevar a buen fin la famosa expedición ateniense a Sicilia acontecida al final de la guerra del Peloponeso, en los últimos años del siglo V a. J. C.

Esta expedición, que, como es bien sabido, acabó en desastre, había durado dos años, del 415 al 413 a. J. C., fechas muy alejadas del siglo II d. d. C. en el que nuestro rétor compone estos dos famosos discursos para deleitarse él mismo y deleitar a sus lectores al sentirse inmersos el uno y los otros en el ambiente histórico y estilístico del inigualable siglo V a. J. C., en el que la Retórica era esencialmente política y consuetudinaria.

Algo parecido cabría decir de otros de sus discursos históricos, como *Los Discursos Leuctrios*, en los que el autor, soñando utopías y ucronías, se traslada a la Asamblea ateniense el año 371 a. J. C. cuando en ella se debatió, en vísperas de la batalla de Leuctra, en la que los tebanos se impusieron a los lacedemonios, a cuál de los dos bandos enfrentados debería prestar ayuda la ciudad de Atenas.

Elio Aristides, en sus sueños de Retórica política, reconstruye para aquella ocasión vivida por él como presente dos discursos a favor de la alianza con Esparta, dos favorables a Tebas y uno aconsejando la neutralidad.

Y más o menos la misma impresión de una mirada añorante y romántica al pasado de los siglos V y IV a. J. C. tan cuajado de grandeza es la que se obtiene de la lectura del *Panatenáico*, discurso de ensoñación de un panegirista que compone una alabanza de Atenas, de la brillante Atenas del inimitable pasado, celebrando su cultura, su forma de vida, su belleza, su lengua, como si nada del pasado, presente o futuro, le fuera comparable y como si el Imperio Romano, del que eran súbditos Elio Aristides y los receptores de sus discursos, no existiera.

La Retórica griega, de natural política, cuando no puede realizarse como tal, recurre a la ensoñación y mediante este procedimiento traslada al presente los tiempos ideales en los que se movía por el Ágora y se ejercitaba en la Asamblea.

En los *Discursos Sagrados*, que son una especie de autobiografía espiritual de enorme interés, Elio Aristides refiere su vida y sus sueños durante el largo período en que estuvo «incubando» como paciente en el santuario de Pérgamo dedicado a Asclepio, dios de la medicina, o sea, en el Asclepíeo.

Pues bien, en los sueños que nos relata, Aristides entraba en contacto con los grandes hombres de la época clásica, con Platón, con Lisias, con Sófocles, de manera que los siglos V y IV a. J. C., siglos contemplados por la Retórica de entonces como los modelos a imitar, no eran la remota o utópica Edad de Oro irremisiblemente perdida, sino, gracias a la ensoñación retórica, el mismísimo presente.

Cuando la Retórica política no puede ejercerse en la vigilia de la realidad, se refugia en la irrealidad de los sueños y busca amparo en la Literatura, que de este modo viene a ser como una terapia aliviadora de las constricciones del subconsciente.

El orador Polemón, contemporáneo de Aristides y como él frecuentador de la misma clínica de curación por los sueños (*incubatio*) que era el Asclepico de Pérgamo, dialogaba en ellos con Demóstenes de Peania, el orador por antonomasia, y, obedeciendo a una indicación recibida en uno de estos sueños en los que se entrevistaba con el Peanico, le erigió una estatua con una inscripción en la base que recordaba la causa del homenaje a tan soberbio maestro de oratoria⁷⁹.

La marca política de la Retórica, como si estuviese impresa en ella a fuego, la acompañó siempre, tanto cuando la libertad de expresión le permitía operar con soltura en asambleas y consejos, como cuando las leyes más rígidas la obligaron a elaborar desde la escuela discursos más bien epidícticos pero no por ello ineficaces.

Conque ni aun allí, en lo oscuro y recóndito de las aulas, perdió la Retórica el norte que le marcaban su esencia y su vocación fundamentalmente políticas.

No le importó a la Retórica, con tal de seguir ejerciendo su connatural función política, ni hacerse escrita ni convertirse en carta ni disfrazarse con las mejores galas de la literatura ni cambiar la defensa de una ciudad o imperio de este mundo pagano por la de la nueva Ciudad de Dios que en él instalaron los cristianos.

Un maestro de retórica o «rétor» del siglo IV d. d. C. fuertemente pagano, Libanio de Antioquía, hace retórica política escribiendo elegantes discursos al emperador y espléndidas cartas a personajes importantes contemporáneos para por uno y otro medio impetrar de ellos, como debe hacer siempre un «rétor» digno de tal nombre, la protección del conciudadano o de la comunidad débiles injustamente agraviados y humillados por el quebranto de esas virtudes políticas que el experto en retórica debe defender sin tregua y a ultranza: la humanidad y la justicia.

Y esta misma filantrópica Retórica política la siguen practicando más tarde muchos de sus discípulos, que, convertidos al Cristianismo con gran disgusto y pesar del maestro, pronuncian discursos y escriben cartas del mismo tenor humanitario aunque ya desde sus sitials de obispo y desde los escritorios de sus sedes episcopales.

El «rétor» de la Antigüedad Tardía se convierte así en el obispo de la Edad Media y la Retórica sigue siendo lo que siempre fue, la Retórica sigue siendo política, continúa orientando, tutelando, gobernando y enseñando a conducir a las masas por medio de la palabra.

En lo tocante a su esencial carácter político, por consiguiente, hay una innegable continuidad entre la Retórica clásica de la Antigüedad y el Renacimiento, a pesar de las hostiles circunstancias que muchas veces la obligaron a disimular su primaria vocación, que es la política.

El contexto en el que se desarrolló la primera Retórica que conocemos, la Retórica clásica, fue el de la vida política de las ciudades griegas.

Más tarde, bajo el Imperio Romano las ciudades perdieron su independencia y autonomía, pero, como se siguió impulsando el estudio de la Retórica como componente básico de la educación, a través de la escuela y adornada con disimuladoras preseas literarias, logró pasar desapercibida en el desempeño de su primordial función.

⁷⁹ C. Habicht 75, nº 33.

Y cuando en el siglo IV la Retórica se cristianizó, siguió siendo un arma de acción política, predicando, polemizando, argumentando, apologizando e interviniendo en un sinfín de controversias enderezadas todas ellas a ganar a los oyentes a la nueva causa del Cristianismo, que es ya un importante fenómeno político y social.

Por ejemplo, en el siglo II de nuestra era Tertuliano arremete retóricamente contra el agnosticismo y la filosofía que daba pie a la fragmentación de la unitaria grey cristiana a través de la herejía.

Un siglo más tarde, Arnobio, aunque distingue la Retórica secolar de la sagrada, reconoce la utilidad de los silogismos y de los entimemas para la controversia orientada a defender y hacer prevalecer la verdad cristiana sobre el error pagano.

En pleno siglo IV d. d. C. Ambrosio pronunció los discursos fúnebres por Valentiniano II y Teodosio, que son los más antiguos panegíricos cristianos con que contamos.

Como prueba de la simbiosis de la Retórica clásica con la fe cristiana, a finales del siglo IV y comienzos del V a. J. C., en una carta dirigida a Eustoquio, San Jerónimo nos cuenta sus escrúpulos y tribulaciones por compaginar la lectura de los profetas con la de los oradores, por beber a la vez de la copa de Cristo y de la de Cicerón, por ser tal vez un poco más ciceroniano que cristiano⁸⁰.

El orador cristiano, a la hora de predicar, cuenta –según Lactancio, que compuso en el siglo IV d. d. C. unas *Instituciones Divinas*– no sólo con la inestimable ayuda del arte de la Retórica, sino además con la incomparable asistencia que le brinda el Espíritu Santo⁸¹.

La predicación es preocupación fundamental de la obra en cuatro libros, compuesta por San Agustín en los últimos años del siglo IV y luego ya en el siglo V d. d. C., que llevaba por título *Sobre la doctrina cristiana*, en cuyo libro IV el Obispo de Hipona expone el ideal del predicador cristiano, sus deberes (que son los de Cicerón, «enseñar, deleitar y conmover», aplicados a las Sagradas Escrituras y la propagación de la fe cristiana), su estilo (que ha de ser el resultante de adaptar las técnicas de la Retórica clásica a la enseñanza de las Escrituras y de la moral cristiana) y hasta de su *êthos* o carácter, que ha de exhibir el orador cristiano con espíritu de apostolado y propósito ejemplarizador, de manera que sea idéntico el que deje entrever en la predicación al que muestre en su comportamiento a lo largo de su vida.

La Retórica clásica, por tanto, les sirve a los cristianos de Occidente para llegar mejor a las masas de fieles con el fin de modificar sus maneras de pensar y sus conductas, realizando así una función política similar a la que había desempeñado en los tiempos paganos.

De hecho, de los ocho grandes Padres Latinos de la Iglesia la mayoría eran rétores profesionales antes de convertirse al cristianismo y los restantes habían adquirido un alto nivel de preparación en las escuelas de los rétores.

Y en Oriente, cuando el Cristianismo en el siglo IV d. d. C. se fundió con la vida pública, con la política estatal, fue cuando surgió el gran sermón epidíctico cristiano, en el que descollaron figuras como Eusebio de Cesarea, que además de obispo de esa ciudad fue amigo y consejero de Constantino I, el primer emperador cristiano.

Y no podemos olvidar, al mencionar el género del sermón panegírico, a los tres padres Capadocios, Gregorio de Nacianzo, Basilio el Grande y Gregorio de Nisa, que vivieron en esa

⁸⁰ Jerónimo, *Epístolas* 22.

⁸¹ Lactancio, *Instituciones Divinas* VI, 1. 1.

interesante encrucijada de Cristianismo y paganismo que fue el siglo IV d. d. C., por lo que aprendieron el arte de la oratoria tanto de rétores paganos (por ejemplo, Himerio), como cristianos (por ejemplo, Proheresio).

Ahora bien, el mejor del grupo de los oradores griegos cristianos del siglo IV es con mucho Juan Crisóstomo, que fue discípulo del pagano Libanio, llegó a ser patriarca de Constantinopla, y destacó más por sus homilías que por sus panegíricos.

Algunas de ellas, como las veintiuna tituladas *Sobre las estatuas*, pronunciadas el año 387 d. d. C., un año en el que la población de Antioquía se desmandó a causa de la enorme subida de los impuestos y derribó las estatuas del emperador Teodosio y de la emperatriz, demuestran la excelente formación retórica del Crisóstomo, que a la sazón era predicador en la sede de dicha ciudad, y la natural predisposición de la Retórica para intervenir en cuestiones políticas.

En efecto, en ellas junto a la exuberancia y riqueza de imágenes sabiamente distribuidas en símiles y metáforas, se perciben la compasión sincera, el consuelo y el aliento animosos, así como el aprovechamiento del temor y las esperanzas suscitadas a raíz de esta crisis política para adoctrinar y mejorar en la virtud a los fieles oyentes de sus homilías.

En Oriente, pues, y en Occidente, la Retórica clásica siguió siendo política o civil a lo largo de los siglos, y en la Antigüedad Tardía precisamente es cuando con mayor énfasis se proclama este carácter de la Retórica que en la época clásica se daba por sobreentendido.

En efecto, a la Retórica se la tiene por arte política o cívica y a los rétores se les considera discípulos de Demóstenes en una época en la que se mira al pasado con nostalgia y se hace del anacronismo una incomparable delicia, por lo que los poetas son Homeros redivivos, los filósofos, platonistas y los emperadores, sucesores de Augusto.

Sin embargo, esa Retórica realmente política que proporcionaba a un orador los resortes persuasivos para influir decisivamente en el veredicto de un jurado o en la decisión de una asamblea deliberativa, tal como existía realmente en la Atenas de época clásica, no existía ya en los tiempos de autocracia de la Antigüedad Tardía y del Medievo.

En ellos, predominaban más bien la arbitrariedad del poder, la corrupción, la intimidación y la tortura, que se imponían como medios de persuasión a las pruebas racionales, argumentos psicológicos y aderezos estilísticos de la Retórica clásica.

Ni en las cortes de justicia ni en los consejos o senados se escucharon discursos dignos de feliz recordación. La oratoria judicial sobraba ante los tribunales, pues el procedimiento judicial se había reducido al empleo de un lenguaje técnico y formular vedado a los inexpertos.

El ya mencionado rétor Libanio se queja en muchas ocasiones de que quienes podrían por su talento ser discípulos suyos prefieran el estudio de latín y la carrera de Leyes en Beirut al aprendizaje del griego y el conocimiento de la Retórica fáciles de lograr en su natal Antioquía.

Asimismo, de la llamada Retórica deliberativa pocas glorias puede exhibir la Antigüedad Tardía: discursos pronunciados ante los senados de algunas ciudades, arengas de los emperadores a sus tropas y discursos de los embajadores en el desempeño de sus embajadas.

La oratoria griega que en la época helenística, imperial y bizantina sigue conservando el carácter político de la Retórica clásica es fundamentalmente la epidíctica, que se realiza indiferentemente en sus dos formas posibles, oral y escrita.

O bien las ciudades envían al cada vez más lejano emperador a sus mejores rétores u oradores para solicitarle beneficios y favores, como cuenta Flavio Filóstrato que hiciera en época

imperial la ciudad de Esmirna enviando a Polemón y Escopeliano⁸² y más tarde, cuando el año 178 d. d. C., a raíz del tremendo terremoto que la había asolado, despachando nuevos embajadores a presencia de los emperadores Marco Aurelio y Cómodo⁸³, o bien –como era la práctica habitual de Libanio– se le hacían llegar al emperador discursos epidícticos escritos y muy cuidados pero claramente inspirados en la Retórica de talante político de sus mejores tiempos.

En ellos el Antioqueno condenaba los abusos de los gobernadores de las provincias y la escasa autonomía de las curias, y defendía a las clases populares empobrecidas y agobiadas por el pago de excesivos y muy altos impuestos, y censuraba el mal funcionamiento de las cárceles, en las que se hacinaban por millares los inocentes en espera de un juicio que con frecuencia no les llegaba antes de la muerte, y exigía la tolerancia y la igualdad de derechos previstas en la ley para los cultos paganos en una época en la que los cristianos saqueaban y demolían los antiguos templos.

Nos encontramos, pues, el nervio político de la Retórica incluso en los discursos epidícticos.

G. Kennedy destacó el carácter político de esta especie de oratoria de la Antigüedad Tardía mediante esta brillante comparación:

«Epideictic oratory thus performed some of the functions of a state-controlled press in a society which lacked newspapers»⁸⁴.

Nada de extraño tiene, por tanto, dada la esencial operatividad civil o política de la Retórica, que pasa inmutable de la Antigüedad al Medievo y amenaza con no claudicar, que en la Edad Media de Occidente despierte una retórica política epistolar en el *Ars dictaminis* de Alberico.

El *dictamen* o «dictado de una carta» es una derivación de la Retórica que nació a finales del siglo XI en la abadía de Monte Casino merced a dos obras de Alberico tituladas *Flores de Retórica*, que trataba de la ornamentación estilística de las cartas, y el *Breviario*, en la que se ocupaba de la forma y el contenido de los documentos epistolares.

Pronto, ya en el siglo XII, el *dictamen* se convirtió en asignatura curricular en la Universidad de Bolonia acompañando a los estudios de leyes, pues hacía falta, por exigencia de las circunstancias políticas mismas de aquellos tiempos, formar juristas expertos en la correspondencia diplomática y legal de las cortes medievales civiles y eclesiásticas –empezando por la papal–.

La doctrina propia de la Retórica, que subyace en el *dictamen* salta a la vista, de modo que este Arte epistolar de Occidente no es sino una derivación de la Retórica clásica, pues la modélica epístola ahora preconizada consta casi de las mismas partes nucleares de los discursos aplicadas –eso sí– a la nueva función epistolar: «salutación», «captación de benevolencia», que son nuevas versiones o realizaciones del «exordio» o «proemio» de un discurso, «narración» y «petición», que corresponden a la «narración» y la «argumentación» de los discursos, y, por último, «conclusión», que es una adaptación epistolar de la «recapitulación» del discurso.

⁸² Flavio Filóstrato, *Vida de los Sofistas* 520-1.

⁸³ G. W. Bowersock 1969, 45.

⁸⁴ G. Kennedy 1983, 24.

He aquí, pues, de nuevo, una prueba de cómo la Retórica clásica renacida ahora en el Arte epistolar sigue siendo tan política como siempre fue.

No debe extrañarnos, por consiguiente, que, siendo la Retórica esencialmente política, este nuevo Arte epistolar nacido de ella no tardara en abastecerse de todas las convenciones del trato y de la jerga política empleados por vía diplomática tanto en el nivel eclesiástico como en el civil.

Tampoco debe producirnos asombro la continuidad de la Retórica clásica a través del *Ars dictaminis*, si pensamos que, en Italia, en el tránsito de la Edad Media al Renacimiento los secretarios epistolares o *ab epistulis* del Papa o de la República de Florencia no tardaron en convertirse seguidamente en excelentes y elocuentes figuras del Humanismo.

La aplicación de la Retórica clásica a las causas judiciales en la Edad Media también puso de manifiesto el carácter eminentemente político de aquella.

En el prólogo de la *Disputatio de rhetorica et de virtutibus* de Alcuino o de Albinus (a la latina), compuesto a comienzos del siglo IX d. d. C., el propio Carlomagno se encarga de decir que la verdadera fuerza de la Retórica está en las causas civiles en las que él se veía inmerso día tras día.

Ahora bien, esta oratoria judicial a la que parecen apuntar las «causas civiles» es una oratoria ligada a procesos que estaban sometidos a una institución, precedente de la moderna institución de los jurados, por la que un grupo de vecinos o conciudadanos daban testimonio en apoyo del derecho real.

De manera que otra vez más queda patente el carácter no meramente judicial, sino también político, que había sido característico de la Retórica clásica, en los rebrotes medievales de la Retórica.

En la Florencia del siglo XIII Brunetto Latini, maestro del Dante, traduce el *De inventione* de Cicerón para saciar la sed de oratoria pública, o sea política, de la época⁸⁵.

Este carácter político de la Retórica sale a relucir en la adaptación de la Retórica clásica a las necesidades de la época no sólo en lo que respecta a la oratoria civil, sino también en lo que atañe a la oratoria eclesiástica.

Robert de Basevorn a comienzos del siglo XIV compuso una *Forma predicandi* o «Forma de predicar», en la que, siguiendo a San Agustín, enseñaba lo que constituye la esencia de la predicación, o sea, la acción de persuadir en un breve espacio de tiempo a una muchedumbre a que adopte una conducta digna de la moral y la religión cristianas, lo que no deja de ser un objetivo político o civil adaptado a las exigencias y propósitos de esa institución político-social que es la Iglesia.

En efecto, en la «Forma de predicar» de Basevorn se sigue la máxima agustiniana de «enseñar, deleitar y conmover» y se añade que lo específico de la predicación es captar la voluntad de la muchedumbre de los oyentes a base de un breve discurso que los aleccione y los oriente moralmente.

Estamos, pues, ante una especie de Retórica política al servicio de los intereses y específicos fines de la Iglesia.

La Retórica es, pues, se mire por donde se mire, esencialmente política.

Y sigue siendo civil y política la Retórica en la Edad Moderna.

⁸⁵ Cf. F. Maggini 1968.

En los siglos XVI y XVII Francis Bacon, que fue Lord Canciller de Inglaterra, aunque enemigo encarnizado de esas rémoras para la ciencia que eran el silogismo y la inducción aristotélicas, reconocía en *The Advancement of Learning*, obra ampliada luego, el 1623, en su versión latina titulada *De Dignitate et Argumentis Scientiarum*, la importancia de la Retórica en la vida pública, o sea en la política (“eloquence prevailth in active life”)⁸⁶, puesto que la Retórica tiene por objeto la persuasión de los oyentes y consiste sencillamente en aplicar la razón a la imaginación para mover así mejor la voluntad de la audiencia (“to apply reason to imagination for the better moving of the will”)⁸⁷.

Para este elocuente orador de la *House of Commons* que alcanzó las más altas cotas de perfección en la oratoria política y forense de la Inglaterra de su tiempo, el propósito fundamental de la oratoria que enseña la Retórica es mover la voluntad de la audiencia convirtiendo la imaginación en una especie de segunda razón⁸⁸, por lo que la Retórica fluctúa, tal como ya Aristóteles lo había establecido, entre la Lógica, por un lado, y la Ética y la Política por otro⁸⁹.

Todo esto es Retórica política, como también lo es la Retórica religiosa, o Retórica aplicada a los discursos pronunciados desde el púlpito, que expuso François de Salignac de la Motte Fénelon en su obra *Dialogues sur l'éloquence en générale et sur celle de la chaire en particulier*, obra en tres libros escrita a finales de los 70 pero no publicada sino el año 1718 como obra póstuma, pues su autor había muerto tres años antes.

Fénelon concibe la Retórica como el arte de una oratoria primaria, oral y persuasiva, puesto que si quien habla no persuade ni instruye, su actividad no tiene objeto.

A finales del siglo XVIII George Campbell con el tratado que lleva por título *The Philosophy of Rhetoric*, basándose en ideas de Locke (nuestra mente es como la hoja de papel en blanco sobre la que escriben las sensaciones y experiencias) y de Hume (nuestra mente actúa dejándose mover por los principios de asociación y contigüidad que convierten inmediatamente las sensaciones sucesivas en causas y efectos), pergeña una Retórica política orientada a la persuasión del auditorio de conciudadanos a base de la “vivacity of ideas” o vivacidad de las ideas que mantiene el interés y la confianza de los oyentes.

Este tratado, que gozó de enorme aceptación y éxito, publicado en 1776, se componía de tres libros: el primero, llevaba por título «Naturaleza y fundamentos de la elocuencia» y en él Campbell establecía las bases de la Retórica; el segundo, dedicado al estilo, se titulaba «Fundamentos y propiedades esenciales de la elocución», y el tercero, en el que trataba de la viveza o vivacidad de las ideas como fundamento de la atención de los oyentes y de su fe en la veracidad del orador, se intitulaba «Las propiedades discriminadoras de la elocución».

Y tras ese *saeculum horribile* que fue para la Retórica el siglo XIX, en el siglo XX la *Nouvelle Rhétorique* de Chaïm Perelman⁹⁰ se nos presenta como una teoría de la argumentación (*Théorie de l'Argumentation*) de fácil aplicación política.

⁸⁶ F. Bacon, *The Advancement of Learning y De Dignitate et Augmentis Scientiarum*, en J. M. Robertson (ed.), 1905, 413-638. Cf. II, 18, 1.

⁸⁷ 2, 8, 2. En la traducción latina, esta definición del oficio de la Retórica reza así: *munus rhetoricae non aliud quam ut rationis dictamina phantasiae applicet et commendet ad exercitandum appetitum et voluntatem.*

⁸⁸ 2, 18, 2.

⁸⁹ 2, 18, 5.

⁹⁰ Ch. Perelman - L. Olbrechts-Tyteca 1989.

Esta «Nueva Retórica», la *Nouvelle Rhétorique*⁹¹, redescubierta en el presente siglo, el siglo de la televisión, la publicidad y la propaganda, reacciona contra la reducción de la Retórica clásica a una especie de Estilística a causa del racionalismo imperante desde mediados del siglo XVII al XIX⁹².

Consiguientemente, protesta del hecho de que esta disciplina se entienda no como arte o tratado de la persuasión, que es lo que en su origen fue, sino como mero manual del estilo o el conjunto de las normas y recomendaciones contenidas en uno solo de los tres libros –el III– de la Retórica aristotélica, o, peor aún, como el estudio de una larga lista de figuras para lograr un estilo florido y vacío, carente de contenido filosófico alguno, desvarío que resultaba de la aplicación a la práctica de una concepción del arte de la elocuencia (la Retórica del discurso epidíctico y declamatorio, extemporáneo o de ocasión) que fue arrastrándose desde la época postciceroniana y fue retomada y tenida por incontrovertible en el espacio cronológico comprendido entre los siglos XVII y XIX.

Así, en consecuencia, la *Nueva Retórica (Nouvelle Rhétorique)*, reaccionando contra el Cartesianismo y el Romanticismo, que tanto daño habían hecho a la Retórica clásica desde la Filosofía y desde la Literatura respectivamente, se acerca a las preocupaciones del Renacimiento, se presenta como teoría de la argumentación, concibe la Retórica, al aristotélico modo, como un arma de la Dialéctica, que el propio Aristóteles entendía como el arte de razonar a partir de opiniones generalmente admitidas⁹³, y por lo tanto se acomoda muy a gusto y de muy buen talante en el seno de la Retórica greco-latina al coincidir con ella en la consideración de que toda argumentación se desarrolla en función de un *auditorio*, lo que implica que existe un mecanismo del pensamiento de fundamental importancia a la hora de intentar persuadir a los demás haciendo uso de la palabra.

Esta persuasión de un auditorio es una empresa netamente política, y en el *Tratado de la argumentación* de Perelman y Olbrechts-Tyteca se concede importancia decisiva al auditorio, ya que se nos ofrece la argumentación como procedimiento discursivo que pretende la adhesión de los oyentes, lo que presupone una comunidad efectiva de personas, un lenguaje común y una técnica de comunicación⁹⁴.

Siguen también en este punto los autores del tratado las huellas de la mejor Retórica clásica, que en su práctica y en su teoría había colocado al oyente en preeminente lugar dentro del proceso oratorio.

En efecto, ya Demóstenes en su discurso titulado *Sobre la organización financiera* se dirigía a sus oyentes de esta guisa⁹⁵:

«En ningún momento los oradores os hacen perversos u hombres de provecho, sino que sois vosotros quienes los hacéis ser de un extremo o del otro, según queráis; pues no sois vosotros los que aspiráis a lo que ellos desean, sino que son ellos los que aspiran a lo que esti-

⁹¹ Ch. Perelman-L. Olbrechts-Tyteca, 1958. Cf. Ch. Perelman, 1952.

⁹² Cf. G. Preti, 1968, 145-210. R. Barilli 1979, 104.

⁹³ Aristóteles, *Tópicos* 100 a 19 “razonar a partir de opiniones generalmente aceptadas sobre sobre cualquier cuestión que se nos plantee”.

⁹⁴ Ch. Perelman-L. Olbrechts-Tyteca, 1989, 48-9.

⁹⁵ Demóstenes, *Sobre la organización financiera* 36.

men que vosotros deseáis. Así pues, es necesario que seáis vosotros los primeros en fomentar nobles deseos, y todo irá bien; pues, en ese caso, o nadie propondrá ningún mal consejo, o bien ningún interés le reportará el proponerlo por no disponer de quienes le hagan caso».

Y, por otro lado, en el plano de lo teórico, sabemos del enorme interés puesto de manifiesto por Aristóteles en su *Retórica* sobre lo que hoy podríamos calificar de «psicología diferencial» de los auditorios teniendo en cuenta factores tan relevantes como la edad y la fortuna de sus componentes⁹⁶.

Perelman, filósofo del Derecho, intentó encontrar en las prácticas de la argumentación forenses, políticas, filosóficas y literarias los principios que configuran una lógica de los valores, sin desdeñar «lo verosímil», «la opinión», como tampoco lo había hecho el Estagirita.

Cuando se hace inevitable renunciar a la Metafísica y al mismo tiempo se rechaza el nihilismo, no hay más remedio que asignar a la Razón, al *lógos*, un campo propio en el que se puedan ejercer la Política, el Derecho, la Literatura sin ceñirse a los márgenes de la Lógica Formal, demasiado estrechos para hacer de ella el modelo único del discurso persuasivo entre los hombres.

Así lo entendió Aristóteles también, cuando en su *Retórica* afirma que, aunque poseyéramos toda la ciencia del mundo, ello no podría ser objeto del discurso retórico, en el que las argumentaciones han de hacerse a través de nociones comunes, es decir, asequibles a un amplio auditorio⁹⁷.

Y en este camino de la tradición aristotélica, Perelman establece la necesidad de postular un «auditorio universal», un auditorio medio o ideal que, al igual que el preconizado por Aristóteles para el discurso retórico en contraposición al discurso científico⁹⁸, estuviera integrado por individuos no especialistas y hasta sin instrucción.

Ahora bien, este «auditorio universal» e ideal existe únicamente en abstracto y si sólo se tienen en cuenta argumentos racionales de los que estén desterrados factores tan importantes para la persuasión como el «carácter» o *éthos* del orador y el «sentimiento» de los oyentes, por lo que la mayor parte de las veces –por no decir todas–, en los discursos de verdad dirigidos a oyentes reales, el orador, si quiere alcanzar el éxito que consiste en persuadir a los oyentes, ha de tener en cuenta los caracteres y la subjetividad de los componentes de su auditorio.

En cualquier caso, aun admitiendo con Perelman y Olbrechts-Tyteca el concepto de «auditorio universal» y limitándonos a la argumentación *adrem*, o sea, dirigida «al asunto» exclusivamente, en la comunicación argumentativa de la *Nueva Retórica*, una premisa, para ser tal, es decir, para poder aspirar a ser premisa, debe poder ser aceptada por el auditorio de inmediato y sin problemas, pues en caso contrario no podrá el orador defender sus tesis y no merecerá la pena que suba a la tribuna.

Para poner en marcha este tipo de argumentación, se requiere un previo acuerdo de los interlocutores (el orador y los oyentes) sobre conceptos y creencias comunes, lo que implica un esfuerzo del primero por conectar políticamente con los segundos.

⁹⁶ Aristóteles, *Retórica* 1388 b– 1391 b.

⁹⁷ Aristóteles, *Retórica* 1355 a 26.

⁹⁸ Aristóteles, *Retórica* 1355 a 26.

Acertadamente Perelman y Olbrechts-Tyteca ejemplifican con el reproche que Platón lanzaba contra los politicastos de su época que en sus discursos adulaban a la muchedumbre a la que, por el contrario, deberían dirigir con buen tino⁹⁹.

En la *Nouvelle Rhétorique* de Perelman, aunque se postula una argumentación orientada hacia un «auditorio universal» para evitar así el peligro que supondría que el orador, al basarse en las opiniones de sus oyentes de un determinado momento, se alejara de las sostenidas por otros auditorios diferentes, transgrediendo de este modo la máxima kantiana de que «la verdad descansa en el acuerdo con el objeto y, por consiguiente, con respecto a este objeto, los juicios de todo entendimiento tienen que estar de acuerdo»¹⁰⁰, lo cierto es que se valora como fundamental en la comunicación retórica la conexión o comunión del orador con su auditorio y su adaptación a él, su acercamiento a las convicciones indiscutibles de los oyentes, a las funciones sociales desempeñadas por ellos y a las actitudes que en virtud de ellas adoptan.

Pues bien, todas estas exigencias de contacto del orador con su público, de acomodación o acoplamiento del orador a su auditorio, no hacen sino subrayar la dimensión política de la Retórica.

Incluso en los discursos epidícticos aparece bien a las claras la esencia política de la Retórica basada en la retoricidad y politicidad del ser humano, pues en este género de discursos –sostienen Perelman y Olbrechts-Tyteca– «el orador procura crear una comunión en torno a ciertos valores reconocidos por el auditorio, sirviéndose de los medios de que dispone la retórica para amplificar y valorar»¹⁰¹.

Esta atención especialísima al auditorio es propia también de la Retórica actual más reciente, la que se ampara bajo la teoría de la Pragmática o, mejor aún, de la Lingüística Pragmática de la Interacción.

Esta modalidad teórica de la Lingüística concibe que hablar es hacer, y que la función esencial e inexcusable del lenguaje es la «interacción» o acción mutua y recíproca entre hablantes y oyentes, ya que su objetivo o finalidad es ejercer influencia en la manera de pensar y de obrar del prójimo.

No podemos dejar de influir en los demás ni evitar que los demás influyan en nosotros, porque, sencillamente, «no se puede dejar de comunicar», en frase de Watzlawick, o, como decía Roland Barthes, estamos cogidos contra nuestra voluntad dentro de un circuito de intercambio («Que je le veuille ou non, je suis pris dans un circuit d'échange»)¹⁰².

Frente a la Lingüística estructural y la transformativa, que especulaban con la *langue* y la *competence* respectivamente, debemos tirarnos al ruedo del «habla», de la *parole* o de la *performance*.

Rompiendo con la concepción del lenguaje como espejo de la mente, que gozó de un extraordinario éxito durante los siglos XVII y XVIII, ha surgido en los tiempos modernos, sobre todo a partir de dos obras de Ludwig Wittgenstein (1889-1951)¹⁰³, la idea del lenguaje como algo inseparable de nuestras pautas de conducta, como una caja de herramientas que sir-

⁹⁹ Ch. Perelman-L. Olbrechts-Tyteca 1989, 62-3.

¹⁰⁰ I. Kant 1978, 639-40.

¹⁰¹ Ch. Perelman-L. Olbrechts-Tyteca 1989, 99.

¹⁰² En C. Kerbrat-Orecchioni 1990, 8.

¹⁰³ L. Wittgenstein, 1987 y 1988.

ven cada una de ellas para llevar a cabo distintas funciones, como algo esencialmente dinámico y pragmático, como una praxis o un fenómeno de la vida misma.

El lenguaje no es un espejo –concepción cartesiana del lenguaje– porque el lenguaje no es esencia, sino realizaciones concretas de toda una larga serie de formas de vida en las que surge la necesidad de emplear las distintas herramientas lingüísticas para realizar con ellas muy diferentes funciones.

Con el lenguaje damos órdenes, describimos objetos, nos inventamos y referimos historias, rezamos, maldecimos, explicamos lecciones en clase, contamos chistes, nos peleamos con los colegas, reñimos con la parienta, etc.

Con el lenguaje, fundamentalmente, hacemos algo y este algo que hacemos, como somos seres racionales, inteligentes, lo hacemos por alguna razón, con un más o menos bien definido propósito.

Es decir, con el lenguaje realizamos «juegos de lenguaje», «language-games», que son usos del lenguaje entreverados con las acciones en las que inevitablemente el lenguaje se nos presenta entretejido. Pues efectivamente utilizamos el lenguaje en la acción, con la acción y para la acción.

Ni los mitos ni las instrucciones de uso de los artilugios ni las leyes ni los reglamentos ni las pancartas ni las vallas publicitarias ni los artículos de opinión ni las crónicas de sucesos en los periódicos se limitan a informar pasivamente, sino que están influyendo tenazmente en los receptores de esos sus mensajes para modificar su concepción del mundo así como sus ideas u opiniones preconcebidas y –lo que es más– están pidiendo a gritos una reacción.

Cuando obramos, pensamos y nos comunicamos con palabras, estamos haciendo cosas.

Luego estamos condenados a vivir, pensar y obrar con el lenguaje o –como dirían los antiguos griegos– con el *lógos*, sin poder prescindir de ese intrincado enmarañamiento de palabras y acciones, de *res* y *verba*, que configura nuestro mundo y nuestro comportamiento.

Y siendo, como es, esto así, no hay más remedio que admitir que sólo en la praxis tiene el lenguaje un significado y sólo en la praxis podemos comprobar el significado de las expresiones y su acertado o desacertado empleo, su afortunado o desafortunado uso, según las empleemos o no de manera conveniente y en las circunstancias oportunas.

Pues bien, precisamente la Retórica Clásica, o, si se prefiere, la Retórica a secas¹⁰⁴, parte de un concepto del lenguaje como instrumento operativo cuya validez depende de su oportuno empleo en el mundo externo y en el entorno social.

El ideal de la Retórica es realizar una acción entreverada con lenguaje destinada a persuadir a un auditorio.

La Retórica no tiene más finalidad que la de hacer eficaz un mensaje, es decir, emitirlo debidamente, hacerlo llegar en las requeridas condiciones y procurar que cause el deseado impacto en su receptor.

La Retórica es impensable fuera del entramado o trabazón del lenguaje con la acción.

Justamente por eso, la Retórica considera y maneja el lenguaje como provisto de una especial *dynamis*, de una considerable fuerza con la que es posible poner en práctica un juego (un «juego de lenguaje» o «language-game») en el que se entremezclan palabras y acciones y

¹⁰⁴ Sobre el concepto de *rhetorica recepta*, cf. T. Albaladejo, 1989, 20.

que conviene desarrollar en el momento oportuno y de la forma más conveniente, porque está destinado a persuadir al prójimo, de lo que obtendrá alguna ventaja su ejecutor, es decir, el hablante u orador.

Por tanto, la Retórica se adhiere con fuerza a esa modalidad de la Lingüística moderna que se desentiende del plano de la lengua para realizar la brega con el lenguaje en el plano del habla.

Luego, una vez hayamos descendido del sublime lugar de la «lengua» (la *langue* saussureana) al espacio más humilde pero más real del «habla» (la *parole* de Saussure), notaremos que los presupuestos para abordar el estudio de ese específico «acto de habla» que es el discurso retórico y concretamente el discurso político, se han alterado notablemente.

Pues adoptando la perspectiva del habla y ya no de la lengua, empiezan a cobrar inusitado valor, en primer lugar, los realizadores del acto de habla en sí, a saber, el hablante y el oyente; y, en segundo término, las circunstancias de dicho acto, que por no ser lingüísticas, sino paralingüísticas o no lingüísticas, no contaban para nada en el plano de la lengua y, sin embargo, son esenciales en el del habla.

Me refiero a factores tan decisivos en la Lingüística del habla como, por ejemplo, la entonación, la situación, la mímica y el contexto.

Y en cuanto al contexto, al ineludible contexto que necesariamente acompaña a todo intercambio verbal, nos percatamos inmediatamente de que ya no es posible considerarlo, a la vieja usanza, como el conjunto o sistema de signos que el hablante codifica y el oyente descodifica en el acto de habla, sino que hay que incluir también en él todo el conjunto de concepciones y asunciones que, compartidas por el hablante y el oyente, facilitan la «competencia comunicativa» con la que realizamos los actos de habla dentro del entramado «político» de la acción o praxis social.

Un discurso retórico merecedor de la calificación específica de «político» es, a la luz de la moderna Pragmática, un acto de habla en el que intervienen un orador y un auditorio que comparten una competencia comunicativa «política» en la acepción más amplia y antigua de esta voz, o, si se prefiere, político-social.

La finalidad de este específico acto de habla retórico es inducir a los oyentes a adoptar unas posturas y desencadenar unas acciones y comportamientos que interesan a la concepción y la acción «políticas» del orador, es decir a su concepción y acción en cuanto ciudadano administrador o gestor de la cosa pública.

La Retórica por su esencia y función no tiene más remedio que ser pragmática y política. No hay otra opcional salida ni posibilidad de escape, por la sencilla razón de que utilizamos el lenguaje para influir sobre nuestros semejantes, nuestros prójimos y conciudadanos.

A la hora, pues, de abordar el tema del discurso retórico en general y el del discurso político en particular, no hay más remedio que aceptar desde la Retórica tradicional el ofrecimiento de la moderna Pragmática y, siguiendo a Sperber y Wilson¹⁰⁵ y las recientes directrices marcadas por la Sociolingüística¹⁰⁶ y la Etnografía de la Comunicación¹⁰⁷ y la Pragmática de la Interacción, pergeñar una Retórica moderna en la que se recojan los preciosos conocimientos

¹⁰⁵ D. Sperber-D. Wilson, 1986. 1994.

¹⁰⁶ J. A. Fishman 1965. 1971.

¹⁰⁷ J. J. Gumperz-D. Hymes (eds.) 1964. 1972.

recibidos, pero en la que aparezcan éstos ya encajados dentro de una más moderna concepción del lenguaje.

Es sumamente curioso que para llegar a esta Lingüística Pragmática Interaccionista hayamos necesitado del concurso de sociólogos y antropólogos modernos, cuando realmente estaba ya implícita en conceptos y usos vigentes en la Antigüedad Clásica, época en la que las estructuras lingüísticas eran consideradas como un medio para la acción y el gramático estaba al servicio del rétor y Aristóteles exponía que el lenguaje posee estrategias persuasivas excelentes para la acción, como el *êthos* o carácter fiable del orador y el *páthos* o emoción del auditorio¹⁰⁸.

Nuestro modelo de Lingüística en el que insertar la Retórica es, pues, el de la Lingüística Pragmática Interaccionista apuntalada por la moderna concepción del funcionamiento del lenguaje según la cual éste no se reduce a un rutinario y automático proceso de codificación y descodificación, sino que es una facultad mucho más dinámica y sofisticada capaz de generar procesos de codificación y descodificación siempre subordinados o supeditados a más amplios procesos inferenciales¹⁰⁹.

En efecto, concebir el lenguaje como la facultad de manejar un mero sistema de signos a base de codificarlos y descodificarlos, para centrarse luego en el estudio teórico, contemplativo, de esos signos y sus combinaciones, desde el fonema hasta la frase, pasando por el semantema y el sintagma, fuera de toda relación con la realidad de los actos de habla¹¹⁰ realmente realizados (decir es hacer, intervenir, jugar, combatir)¹¹¹, es hoy día una objetable y descarriada orientación además de un propósito vano.

Esta postura implica, en efecto, olvidar que el ser humano no sólo es capaz de manejar sistemas de signos, sino incluso de modificarlos y recrearlos, y desconocer que al descifrar un mensaje lingüístico no actuamos como meros robots («puerta delantera derecha abierta») o como determinadas especies animales, sino al humano modo, es decir, inteligentemente, o sea, deduciendo su más relevante interpretación y desambiguándolo y poniendo mucho empeño en percibir la intención de quien nos lo envía para tenerla muy en cuenta.

No nos comunicamos los hombres como las abejas, que codifican y descodifican formas de vuelo («danzas») indicadoras de la localización del néctar¹¹².

Los humanos buscamos con anhelo el néctar de una comunicación cumplida con nuestro prójimo a base de procesos de ostensiones e inferencias, por los que, respectivamente, ponemos de manifiesto lo que queremos decir y cogemos el sentido del mensaje que el prójimo pretende hacernos llegar.

Yo le puedo decir a mi prójimo humano, que nunca es tan tonto como un robot o una abeja, “la puerta está abierta”, para que la cierre porque hay corriente en la habitación en la que ambos nos encontramos, o para que se vaya y no se sienta forzado a quedarse conmigo, y él, después de descodificar mi mensaje, como no es tan tonto como un robot o una abeja,

¹⁰⁸ D. H. Hymes 1984, 27-8.

¹⁰⁹ A. Fowler, 1990, 111.

¹¹⁰ J. R. Searle, 1968; 1969; 1979; 1983.

¹¹¹ O. Ducrot 1987, 56 “Le sens est, en profondeur, un mode d’action sur autrui en tant que protagoniste du discours. Même s’il a, apparemment, ou superficiellement, des aspects représentationnels, il constitue d’abord une façon d’intervenir (de jouer ou de combattre) dans le cadre institutionnel de la parole”.

¹¹² K. von Frisch, 1967.

o bien cierra la puerta en beneficio de ambos o bien se va por orgullo propio y discrepancia con mi persona. Esto sí es lengua real. Lo demás son frases en la pizarra.

Mi interlocutor, que no tiene un pelo de tonto, colabora (y mucho) conmigo en el proceso de la comunicación incluso aunque se mantenga callado. Si yo le digo, por ejemplo, «cierra la puerta, por favor», presupone que la puerta está abierta y localiza la puerta a la que me estoy refiriendo, y cada vez que yo intento ser irónico encajándole una exageración manifiesta, él coopera conmigo, pues, en caso contrario, no se produciría la ironía ni por consiguiente sería efectiva, pues la ironía, como todas las estrategias retóricas, son cosa de dos, del emisor y del receptor.

A Saussure y a Chomsky se les olvidó sólo que la lengua sirve fundamentalmente para ser hablada por sufridos y maltrechos mortales como el que esto escribe, para emplearla realizando operaciones en la interacción diaria con sus semejantes en las más diversas situaciones y con los más diferentes propósitos.

Si queremos, pues, estudiar muestras o realizaciones del lenguaje humano real, hay que partir del hecho incontrovertible de que la comunicación lingüística supone procesos de codificación-descodificación y procesos ostensivo-inferenciales, y que el lenguaje va más allá de la oración, puesto que un texto no es una mera yuxtaposición aleatoria de oraciones, y que para dar cuenta del sentido de las realizaciones del lenguaje hay que atreverse valientemente a contar con lo extralingüístico, mandando de una buena vez el inmanentismo a paseo.

No vale ya eso de concebir una lengua como un código estático o un sistema de signos que codificamos y descodificamos al emitir y recibir mensajes.

Yo cuando hablo a mi prójimo no sólo le envío en mi mensaje signos, sino también claves ostensivas de la interpretación por mí deseada para que él la obtenga fácilmente por inferencia. Por ejemplo, en la frase «Juan le mentó la madre a Pedro y Pedro le sacudió dos guantes a Juan» el orden de aparición de las frases convierte el contenido de la primera en causa del de la segunda.

El modelo del “código de la lengua”, propio de la lingüística estructural y la transformativa, ya no vale gran cosa, una vez que sabemos que ni el lenguaje es en sí mismo un medio imprescindible para la comunicación, porque existe también la comunicación no codificada, ni tampoco la lengua (la lengua real y no la abstracta) es un mero código monolítico, sino un riquísimo y abigarrado mosaico entreverado de diferentes dialectos, sociolectos e idiolectos.

No hay más remedio que cambiar de puntos de partida y, por tanto, de mentalidad, si queremos encararnos como es debido y exigen los nuevos tiempos a las tareas de una moderna y actualizada Retórica solicitada cada vez con mayor apremio e insistencia.

El lenguaje humano funciona, además de con comunicación codificada, con comunicación ostensivo-inferencial, que presupone en la especie humana una capacidad para realizar ricos y sofisticados procesos ostensivos e inferenciales, es decir, de exposición y deducción procesables¹¹³.

Por eso mismo, porque en el lenguaje humano se integran dos sistemas de comunicación, no hay manera de dar cuenta de determinadas realizaciones lingüísticas sin atender a su contexto no verbal, es decir, sin tomar en consideración la situación del acto de habla, la

¹¹³ D. Sperber-D. Wilson, 1986. 1994. Cf. 1994, 217.

mímica, los gestos y el propósito del hablante, las expectativas del oyente y el conjunto de representaciones y concepciones que uno y otro comparten, o, como lo expresó Harris¹¹⁴, las relaciones entre la cultura y la lengua. Por fin hoy hemos cobrado conciencia plena de que para todo acto humano (y el acto de habla es un acto humano) existen convenciones que deben observarse si queremos que sean reconocidos e interpretados como tales. Y si esto es así, no hay manera de concebir la Lingüística y la Retórica y la Poética o Teoría de la Literatura desvinculadas de la Antropología, la Sociología y hasta la Politología.

Se acabó, por consiguiente, la interpretación mecanicista, inmanentista y estática del proceso de comunicación, que más sirve para aplicarla a los robots que a los seres humanos.

Hay que volver a introducir al sujeto, a los intérpretes y a la situación de la comunicación (es decir, a lo extralingüístico) en el taller de la lingüística y dejar descansar un poquito a ese objeto ideal y neutro que era la lengua y a ese código de función meramente informativa que nos convertía a los menguados humanos –degradándonos aún más– en meros robots.

En realidad, los hombres, locutores o miembros de un auditorio, merecemos ser tenidos en cuenta por la Lingüística, porque, cuando hablamos unos con otros, trabajamos, nos molestamos, llevamos a cabo acciones con cierto fin, y, en suma, realizamos un esfuerzo digno de consideración, todos, los que hablan y los que escuchan, tanto las comadres que, reunidas sentaditas en la solana, se deleitan murmurando y cotilleando al alimón, como el orador brillante que pronuncia su discurso de incorporación a la Real Academia de la Lengua y los oyentes que, enhechizados por su palabra, están, de pacer olvidados, escuchándole.

El receptor de un mensaje lingüístico o de un discurso retórico, más o menos político, no es una figura meramente pasiva o decorativa, pues, aunque escuche en silencio, está trabajando, está procesando o realizando una labor de interpretación que acompaña de una actividad mimo-gestual casi continua, hecho que el orador que se precie de serlo ha de tener siempre muy en cuenta, pues debe controlar a cada momento la recepción de su discurso por los oyentes, factor fundamental para el éxito de su empresa interactiva¹¹⁵.

El discurso retórico (y por tanto, el político, que es una especie suya), como todo acto de habla, es, ciertamente, interactivo.

Ahora bien, la interacción, que es la realidad fundamental del lenguaje («l'interaction verbale est la réalité fondamentale du langage»)¹¹⁶, y que consiste en la influencia mutua que ejercemos unos hombres sobre otros cada vez que hablamos para actuar socialmente –pues para eso hablamos, para influirnos mutuamente–, la comprensión mutua de nuestros respectivos mensajes, principio de todo progreso humano, nos la tenemos que ganar los seres humanos, como todo lo demás, con el sudor de la frente.

En el fondo, no puede existir una moderna Lingüística completa (y, por tanto, tampoco una Retórica moderna que se jacte de serlo), si no contiene un amplio capítulo en el que se trate de delimitar la forma en que los diferentes agentes sociales actúan en cuanto tales influenciándose los unos a los otros a través del empleo que realizan de las estrategias lingüísticas, las paralingüísticas y las no lingüísticas.

¹¹⁴ Z. S. Harris, 1969, 9.

¹¹⁵ E. Goffman, 1974, 214.

¹¹⁶ M. Bachtine 1977.

Según sea la interacción que unos agentes sociales ejerzan sobre otros, así serán los diferentes actos de habla o discursos retóricos más o menos políticos que resultarán de ella.

Se acabó, pues, la vieja concepción de las lenguas como fluidos que están flotando en el éter o en algún lugar celeste.

Caminante, no hay camino, se hace camino al andar.

Debemos pasar de la concepción teórica de la lengua como sistema a la realidad del discurso¹¹⁷ que se realiza en cada acto de habla.

Las lenguas están en sus hablantes y sólo en sus hablantes y no pueden concebirse operando en el vacío.

Y al decir hablantes, hay que sobreentender y «oyentes», como si dijéramos: «Las lenguas están en sus hablantes y sólo en sus hablantes y sus oyentes que en cualquier momento pasan a hablantes en virtud de la interacción lingüística».

Pues decir «hablante» implica necesariamente «oyente», ya que los soliloquios lo son sólo en apariencia, pues en ellos siempre el emisor y el receptor aparecen funcionalmente distintos.

Sólo así se explica esa frase lapidaria de Levinson, con la que muy certeramente convierte la conversación en el modelo de todo acto de habla (incluido el discurso retórico o el poema) y el molde de todos los esquemas que facilitan la adquisición de una lengua, y que dice así:

«Conversation is clearly the prototypical kind of language use... and the matrix for language acquisition»¹¹⁸.

El diálogo es la manifestación praxiológica fundamental del lenguaje y las lenguas se crean merced al diálogo.

No hay lengua sino allí donde hay un acto de habla, que implica un emisor, un receptor, una situación y un contexto.

La actividad del habla presupone, en efecto, dos individuos que en un determinado lugar tratan de ejercer influencias el uno sobre el otro empleando competencia lingüística, paralingüística (mímica y gestos) y extralingüística (el contexto) tanto cultural como ideológica.

De manera que o bien suponemos en todo texto un emisor que quiere influir sobre su receptor a través del lenguaje y un receptor interesado en descubrir el sentido de la emisión de aquél, o no se entiende ni siquiera por qué se genera un texto lingüístico, por qué un ser humano se convierte en emisor o en receptor de un mensaje lingüístico, realizando en ambos casos una labor que supone el esfuerzo de hacerse entender o de entender al prójimo respectivamente.

Hacemos un esfuerzo movidos por el aliciente de obtener alguna ventaja que lo compense.

Nadie habla por hablar.

Nos comunicamos con el prójimo para influir sobre él, para tratar de imponer nuestros puntos de vista en él o para que él se forme de nosotros una determinada opinión o para realizar en nuestros semejantes uno cualquiera de nuestros anhelos, aspiraciones y deseos, ya sean egoístas o moderadamente altruistas, innobles o filantrópicos.

¹¹⁷ D. D. Malidier-C. Normand-R. Robin, 1972, 118.

¹¹⁸ E. Levinson, 1983, 284.

Como a veces nuestras palabras dan en el blanco y mueven a quien las escucha a la acción que nosotros nos proponíamos hacerle realizar, nos vamos volviendo conscientes de la fuerza del lenguaje.

En las religiones primitivas (o sea, en todas las religiones) los sacerdotes, magos, chamanes y profetas toman conciencia del mágico poder de la palabra y así dictan normas para que ésta se acomode debidamente a los rituales y hasta consagran determinadas palabras como «palabras-tabú».

En el fondo, lo que hacen es simplemente adaptar una fuerza, que ellos intuyen en el lenguaje, a un rito, a un acto repetido invariablemente según unas normas prescritas; es decir, ritualizar el lenguaje.

Asimismo de una ritualización del lenguaje, o sea, de los actos de habla, nació la literatura, objeto del estudio de esa ciencia que se denomina Poética.

Así pues, no tiene nada de extraño que los griegos, como hicieron también otros pueblos de otras culturas, concibieran el lenguaje como una entidad esencialmente dinámica, activa, operativa, práctica y pragmática, y de este modo perfeccionaron el arte denominado Retórica como arte cuyo objeto era el aprovechamiento óptimo de esa fuerza, de esa potencia, de esa dinamicidad y pragmaticidad que habían descubierto en el lenguaje.

Los antiguos griegos, ciertamente, descubrieron la fuerza del lenguaje desde el momento en que consideraron las estructuras lingüísticas como susceptibles de ser utilizadas para diferentes usos, en un principio religiosos (como acabamos de decir) y luego fundamentalmente políticos, y desde el momento mismo en que colocaron al rétor o profesor de retórica por encima del gramático en dignidad e importancia.

No puede dudarse en absoluto, porque es un hecho patente, que Aristóteles, al redactar su *Retórica*, concebía el lenguaje, al pragmático modo, como un arsenal de efectivos recursos enderezados a la persuasión del auditorio:

Con el lenguaje o *lógos* –este es el pensamiento del Estagirita– se pueden elaborar *pýs-teis* («fiabilidades») o estrategias persuasivas variadas, a base de argumentar (no demostrar) con lo verosímil y comunmente aceptado, y a base de mostrar el orador en su discurso un carácter fiable, políticamente correcto y ético (el *êthos*), y a base de remover las pasiones de los oyentes (el *páthos*) y a base de engalanar el discurso con un estilo elegante sin que llegue a ser poético (la *léxis*).

Y esta concepción del lenguaje-acción la remata Aristóteles con la especial atención que dedica no sólo al hablante (al orador), sino también al oyente, al que convierte en juez del discurso.

La pragmática interactiva moderna es, pues, un redescubrimiento de la fuerza del lenguaje que los antiguos griegos¹¹⁹ descubrieron y convirtieron en objeto de estudio de ese arte que ellos inventaron y al que denominaron «arte retórica».

Y esta concepción del lenguaje-acción la remata Aristóteles con la especial atención que dedica no sólo al hablante (al orador), sino también al oyente, al que convierte en juez del discurso.

¹¹⁹ D. H. Hymes, 1984, 27-8.

Los antiguos griegos, los inventores de la Retórica, tenían bien claro que un discurso retórico era acción y consideraban que el momento culminante del proceso retórico era el de la representación, la pronunciación, la actualización del discurso ante los oyentes.

Muchas son las anécdotas que recogen con especial insistencia la extraordinaria atención que el joven Demóstenes dedicaba a la ejecución material de los discursos, a la parte de la retórica que se denomina realización o pronunciación del discurso (en latín, *actio* o *pronuntiatio*)¹²⁰, justamente porque la Naturaleza no le había dotado generosamente para esta actividad.

Por ejemplo, se nos refiere que cuando, siendo ya un consumado y famoso orador, se le preguntaba qué era lo más importante en oratoria, respondía que en primer lugar figuraba la pronunciación y en segundo y tercer lugar la pronunciación¹²¹.

El prominente actor Sátiro le había enseñado la importancia de la recitación de un pasaje de poesía dramática haciéndole ver en la práctica hasta qué punto una recitación enaltecía el texto recitado si se realizaba de forma esmerada y adaptada al personaje trágico correspondiente.

El abnegado joven se descorazonaba al ver a rústicos ignorantes y recios marinos, de la catadura de su paisano y luego rival político Démades, obteniendo con su improvisada oratoria el favor y la admiración del auditorio, mientras que él no cosechaba en un principio éxito alguno a pesar de los trabajosos ejercicios y severos entrenamientos a los que con adamantina voluntad se sometía y con los que a punto estaba de arruinar definitivamente su ya de por sí nada sólida salud.

La lectura reposada de numerosos pasajes de la preceptiva de la Retórica Clásica nos hace apreciar su modernidad, su cercanía respecto de la moderna concepción interactiva de la comunicación.

Ya Cicerón decía que la acción o pronunciación de un discurso era como una elocuencia del cuerpo a base de voz y movimiento¹²², y Quintiliano, en particular, concede especial importancia a la pronunciación del discurso, hasta el punto de llegar a afirmar que un discurso mediocre bien pronunciado es más impresionante que un buen discurso desprovisto de buena interpretación.

Así pues, en la Retórica moderna, que, heredera de la mejor Retórica Clásica, vuelve a ser una ciencia del acto de habla persuasivo real, un hablante presupone un oyente y la realidad del «habla», que es real y se puede grabar y filmar, implica una acción, una interacción entre los dos agentes que son el hablante y el oyente, y unas circunstancias de esa acción, entre las que cabe contar la situación, el contexto, la entonación y la mímica.

Y todo esto es real: los intervinientes, de carne y hueso, emitiendo el uno señales sonoras grabables y gestos filmables y procesando el otro el mensaje del emisor ayudándose de la situación también real en la que se encuentran y del contexto, que, como hemos dicho, es algo

¹²⁰ El orador, en la preceptiva retórica clásica, tiene cinco operaciones que ejecutar para cumplir su misión de persuadir mediante la palabra: La invención (*inventio*), con la que localiza los argumentos; la disposición (*dispositio*), con la que los ordena; la elocución (*elocutio*), con la que les suministra las palabras como el compositor sobrepone la letra a una partitura musical; la memorización (*memoria*), con la que se aprende el discurso para que en su ejecución no tenga que recurrir a la lectura de un documento escrito, lo que rompería la inmediatez de la comunicación del orador con su público; y, por último, la representación o pronunciación del discurso (*actio* o *pronuntiatio*).

¹²¹ Cicerón, *Sobre el orador* III, 56; Plutarco, *Vida de Demóstenes* 11; *Tratados Morales* 845 B.

¹²² Cicerón, *Sobre el orador* III, LIX, 222.

más que las señales sonoras que el hablante codifica y el oyente descodifica, a saber: también el conjunto de concepciones y asunciones que son compartidas por el hablante y el oyente.

Yo ya no creo en la frase abstracta «Mi mujer y yo iniciamos a los jóvenes en el francés y en el griego».

Si la digo yo en una situación en la que mi mujer y yo somos conocidos y la pronunciación con entonación pausada y decoro en el decir y hasta en el vestir significa una cosa, a saber: que mi mujer y yo somos profesores de las referidas lenguas, lo que es cierto.

Pero si la misma frase es pronunciada en una casa de masajes de esas que se anuncian en los periódicos garantizando a su futura clientela absoluta discreción, y lo es por un individuo de facha y atuendo de lenón o alcahuete, significa cosa bien distinta.

Sin embargo, en ambos casos la significación resultante depende de una interacción mutua entre el hablante que quiere a toda costa que se entienda lo que desea expresar y el oyente que va procesando a través de las palabras, la entonación, los gestos y el porte de quien le habla, justamente lo que éste le quiere decir.

El lenguaje no tiene más realidad que los actos de habla y éstos son interactivos y por consiguiente ponen de relieve ante nuestros ojos todo el entramado eto-psico-sociológico que es propio de la comunicación humana.

En efecto, la comunicación humana, que consiste en operaciones de codificación-descodificación y asimismo operaciones de ostensión-inferencia, va utilizando y modificando a la vez el contexto, que es ese indispensable y precioso depósito en el que se entremezclan conocimientos lingüísticos y conocimientos socio-culturales que se adquieren desde la niñez mediante la convivencia y la interacción lingüística en una comunidad política (ciudadana) determinada.

En ese depósito que es el contexto se localizan los rituales, los tratamientos de cortesía, las concepciones del mundo y los valores y comportamientos sociales, pero todo ello irremediabilmente expresado en forma lingüística, puesto que es imposible pensar si no es con palabras.

Por consiguiente, el orador de la nueva Retórica pragmática interactiva, necesita del contexto «político» (en el sentido de «socio-cultural») a la hora de realizar su acción política mediante el acto de habla que es el discurso «político» (en el sentido de discurso propio del gobernante o aspirante a la gobernación).

Entonces, si el orador en general cuando habla está haciendo algo –a saber, tratando de convencer a los oyentes– para influir sobre su auditorio, que no es un mero elemento pasivo, y lo está haciendo valiéndose de un conjunto de concepciones y asunciones que son compartidas por el hablante y el oyente, ¿cabe imaginar una especie de Retórica que no sea política?

La clave de la cuestión que nos lleva a considerar política a toda especie de Retórica, y por tanto especialmente política a la que guía los discursos de un aspirante al gobierno o gobernante, reside en el hecho incontrovertible de que todo acto de habla, y por tanto también el acto de habla retórico, está sometido a dos tipos de condicionamiento, a saber: el interactivo y el psico-cognitivo.

En cuanto al primero, parece evidente que, sin negar que al hablar transmitimos información sobre el mundo a nuestro prójimo («Machichaco en Vizcaya, Peñas en Asturias, Ajo en Santander, Ortegá, Finisterre en La Coruña»), sin embargo, lo que sobre todo hacemos al hablar es influir en él e intentar transformar el contexto interlocutivo mutuo, en el cual, como

ya sabemos, anida lo socio-cultural o «político», ese depósito de concepciones y rituales que presiden la vida socio-política de los hablantes.

Por decirlo con palabras de Oswald Ducrot: «Le sens est, en profondeur, un mode d'action sur autrui en tant que protagoniste du discours. Même s'il a apparemment ou superficiellement, des aspects représentationnels, il constitue d'abord une façon d'intervenir (de jouer ou de combattre) dans le cadre institutionnel de la parole»¹²³.

Es decir: aunque la audiencia que asiste a un mitin no responda al orador ni con palabras ni con aplausos o abucheos, hay en todo discurso político una interacción o acción recíproca o influencia mutua entre los oyentes y el orador, por cuanto que éste ha de tener en cuenta la forma en la que aquellos procesarán su mensaje y la intencionalidad de este su mensaje que, naturalmente, quiere que resulte eficaz; y, por otro lado, aquellos irán trabajando con su competencia lingüística y comunicativa el mensaje y en esta labor de procesamiento sucumbirán, totalmente o en parte, a la persuasión que es el objetivo del orador.

Fue Bajtín el primero en señalar con absoluta nitidez que, aunque sin duda el diálogo es una de las formas más importantes de la interacción verbal, también se puede entender como dialógica en sentido amplio no sólo la comunicación verbal directa y en alta voz entre dos personas, sino cualquier tipo de comunicación verbal, sea cual sea su forma¹²⁴.

El mismo Bajtín-Volóchinov nos explicaba en la misma obra con admirable morosidad didáctica cómo, aunque la forma más natural del lenguaje es indiscutiblemente el diálogo, los aparentes monólogos que parecen detectarse en el discurso retórico de un orador o en la explicación de un tema en las aulas realizada por un profesor o en la recitación de un largo pasaje de texto dramático que corre a cargo de un solo actor o incluso en los soliloquios que se hace en alta voz un individuo único y aislado son sólo monólogos si se los considera exclusivamente en su forma externa, pues su estructura semántica y estilística están diciendo a gritos que en realidad son esencialmente dialógicos, que son parte de un diálogo, que no se entienden fuera de la estructura del diálogo¹²⁵.

Es más, los discursos aparentemente monódicos, como el discurso retórico del orador dirigido a una audiencia a la que no se le permite la alternancia, contienen muchas y variadas voces adjudicables a enunciadorees distintos, son polifónicos, contienen fórmulas proverbiales que no inventó el orador, clichés y planteamientos de presuposiciones y empleos de determinados elementos conectores que no son estricta ni laxamente invención suya. Son en suma, escenificaciones de los discursos de varios y diferentes enunciadorees.

Quienquiera tenga una remota idea de la retoricidad del lenguaje sabe muy bien de la importancia de distinguir netamente entre «locutor» y «enunciador».

Un padre dice a su hijo: «¡Bravo, hijo mío, enhorabuena. Estás hecho un fenómeno. Seis asinaturas que tenías y seis suspensos que me has traído. Eres un figura!»

El locutor de esta frase es el padre irónico y el enunciador un personaje que está representando como un muñeco de guiñol y expresando lo que en realidad el padre no siente.

La retórica tradicional definía la ironía como la figura consistente en decir lo contrario de lo que se piensa dejando entrever más o menos explícitamente la verdad.

¹²³ O. Ducrot 1987, 56.

¹²⁴ M. Bakhtine (V. N. Volochinov) 1977, 71.

¹²⁵ M. Bakhtine (V. N. Volochinov) 1977, 292.

Pues bien, si el lenguaje es en sus realizaciones esencialmente dialógico y polifónico, es decir, si todo discurso tiende al diálogo y hasta ofrece una dialogización interna a varias voces, aunque el locutor sea sólo una y la misma persona, resulta entonces que hasta en el discurso político se produce necesariamente la «interacción verbal», que es para Bakhtin la realidad fundamental del lenguaje y para Gumperz la esencia misma de todo acto de habla («speaking is interacting»¹²⁶).

El orador cumplido de un discurso retórico de carácter político que pretende resulte un acto de habla afortunado y eficaz no es más que un interactante en un proceso de interacción.

Como tal, ha de tener en cuenta necesariamente al otro interactante fundamental, sin el cual no existiría la comunicación, que es el auditorio.

Los dos interactantes del discurso político están comprometidos (los franceses dirían «engagés») en ese proceso de comunicación e interacción de estructura dialógica y esencia polifónica que es todo acto de habla.

El orador dispone de todo un arsenal de señales, llamadas «señales fáticas» para asegurarse la atención, la escucha y el interés de sus oyentes con el fin de lograr que su mensaje sea comprendido por ellos y actúe en consecuencia sobre su voluntad.

Estas «señales fáticas» emitidas por el hablante, que se dan en todo acto de habla y que pueden ser verbales, paraverbales (la entonación, los ruidos vocales, las onomatopeyas, etc.) y no verbales (miradas, gestos, movimientos corporales, etc.), tienen su réplica exacta en las llamadas «señales reguladoras», que emiten los oyentes y que asimismo son verbales («¡bravo!»), paraverbales (los ruidos vocales, las onomatopeyas, etc.) y no verbales (los aplausos, los abucheos, los movimientos de cabeza asentidores o desaprobatorios, el fruncimiento del ceño, la fijación estática de la mirada, la sonrisa condescendiente o la burlona y despreciativa, el desasosegado cambio de postura que denota aburrimiento, cansancio y hartazgo, el bostezo, etc)¹²⁷.

Las señales no verbales, que se emiten a lo largo del proceso de interacción que es el acto de habla en general y el discurso retórico en particular, no son en absoluto desdeñables.

Los especialistas en «Cinésica» o arte de los comportamientos proxémicos, posturales y mimo-gestuales, grabando con vídeos los movimientos de los interactantes de los actos de habla y en concreto de los discursos políticos y mítines nos permiten ver luego, durante la proyección a cámara lenta de lo grabado, la sincronización perfecta, que transmiten los gestos del orador y las simultáneas oscilaciones del rostro de sus oyentes, que se produce en la misma fracción de segundo, como si se tratase de un ballet perfectamente coordinado¹²⁸.

Antropólogos y etnógrafos americanos de la ya mencionada corriente de la «etnolingüística» o «etnografía lingüística»¹²⁹ han investigado escenas de la vida cotidiana¹³⁰ en las que realizamos actos de habla y nos han hecho ver cómo los humanos, cuando utilizamos el lenguaje no nos transmitimos mutuamente información como si fuéramos robots, sino que realizamos una interacción tan profunda, tan íntima, que nos hablamos y nos escuchamos con

¹²⁶ J. J. Gumperz 1982, 29.

¹²⁷ D. André-Larochebouvry 1984. J. Cosnier-A. Brossard (eds.) 1984. J. Cosnier-C. Kerbrat-Orecchioni (eds.) 1987. J. Cosnier-N. Gelas-C. Kerbrat-Orecchioni (eds.) 1988.

¹²⁸ Y. Winkin 1981, 75.

¹²⁹ Por ejemplo, E. Goffman 1973.

¹³⁰ Cf., por ejemplo, R. L. Birdswhistell en Y. Winkin 1981, 160-90.

todo el cuerpo y, empleando una metáfora coreográfica, bailamos muy conjuntados y sincronizados y siguiendo a la perfección el ritmo unitario, armónico y bien concertado de una escena de ballet¹³¹.

En realidad, se piensa hoy día que en todo acto de habla, desde la corriente y básica conversación hasta el más encumbrado discurso, se produce inevitablemente un proceso de colusión¹³² total entre el hablante y el oyente a través de una serie de mecanismos de intersincronización en los actos de comunicación en general y de habla en particular, que son universales, se manifiestan desde el nacimiento y garantizan el buen funcionamiento de los intercambios sociales¹³³.

Pues bien, de todo lo precedente se deduce que, si el eficaz acto de habla persuasivo o retórico, objetivo de la Retórica, exige un contexto político común al orador y sus oyentes, una realización caracterizada por la intersincronización del uno y los otros, no cabe duda de que la Retórica es, como lo fue desde el principio, fundamentalmente política.

¹³¹ R. P. McDermott–K. Gospodinoff–J. Aron 1978.

¹³² R. P. McDermott–H. Tylbor 1983.

¹³³ W. S. Condon–L. W. Sander 1974.

Bibliografía

- ANDRÉ-LAROCHEBOUVY, D., *La conversation quotidienne*, Didier Crédif, París 1984.
- BAKHTINE, M.-(VOLOCHINOV, V. N.), *Le Marxisme et la Philosophie du langage*, Minuit, París 1977.
- BARILLI, R., *Retorica*, Milán 1979.
- BENVENISTE, E., *Noms d'agent et noms d'action en indo-européen*, Adrien-Maisonneuve, París, 1948.
- BIRDWISTELL, R. L., "Recherches sur l'interaction: approche micro-analytique", en Y. Winkin (ed.), *La nouvelle communication*, trad. fr., Seuil, París 1981.
- BLASS, F., *Die attische Beredsamkeit*, 3 vols., Leipzig 1874-80, reimpr., Georg Olms Verlagsbuchhandlung, Hildesheim 1962.
- BOWERSOCK, G. W., *Greek Sophists in the Roman Empire*, Clarendon Press, Oxford 1969.
- BOURDIEU, P., "L'économie des échanges linguistiques", *Langue française* 34 (1977) 17-34.
- CAREY, CH., "Rhetorical Means of Persuasion", I. Worthington (ed.), *Persuasion: Greek Rhetoric in Action*, 26-45.
- CHAIGNET, A. ED., *La rhétorique et son histoire*, E. Bouillon & Vieweg, París 1888.
- CONDON, W. S.-SANDER, W. L., "Synchrony demonstrated between Movements of the neonate and adult Speech", *Child Development* 45 (1974) 456-62.
- COSNIER, J.-GELAS, N.-KERBRAT-ORECCHIONI, C. (eds.), *Échanges sur la conversation*, Éditions du CNRS, París 1988.
- COSNIER, J.-KERBRAT-ORECCHIONI, C. (eds.), *Décrire la conversation*, PUL, Lyon 1987.
- COSNIER, J.-BROSSARD, A., *La communication non verbale*, Delachaux et Niestlé, Neuchâtel-París 1984.
- DOBSON, J. F., *The Greek Orators*, Ares Publishers, Londres 1918; reimpr. 1974.
- DISPAUX, G., *La logique et le quotidien. Une analyse dialogique des mécanismes d'argumentation*, Minuit, París 1984.
- DUCROT, O., "Sémantique et vérité: Un deuxième type de rencontre", *Recherches linguistiques de Vincennes* 16 (1987), 53-63.
- FISHMAN, J. A., "Who speaks what language to whom and when?", *La linguistique* 1965, 67-88.
- FISHMAN, J. A., *Sociolinguistique*, trad. fr., Labor, Bruselas 1971; Nathan, París 1971.
- GIGLIOLI, P. P. (ed.), *Language and Social Context*, Penguin Books, Baltimore 1972.
- GLADWIN, T.-STURTENVANT, W. C. (eds.), *Anthropology and Human Behavior*, Washington D. C. 1962.
- GOFFMAN, E., *La mise en scène de la vie quotidienne. 1. La présentation de soi. 2. Les relations en public*, trad. fr., Minuit, París 1973.
- GUMPERZ, J. J., *Discourse Strategies. Studies in Interactional Sociolinguistics I*, Cambridge University Press, Cambridge 1982.
- GUMPERZ, J. J.-HYMES, D. H. (eds.), *Directions in Sociolinguistics: The Ethnography of Communication*, Holt, Rinehart & Winston, Nueva York 1972.
- HABICHT, C., *Die Inschriften des Asklepieions: Altertümer von Pergamon VII*, 3, Berlín 1969.
- HYMES, D. H., "The Ethnography of Speaking", en T. Gladwin-W. C. Sturtenvant (eds.), *Anthropology and Human Behavior*, Washington D. C. 1962.
- HYMES, D. H., *Language and Culture in Society*, Harper and Row, Nueva York 1964.
- HYMES, D. H., *Vers la compétence de communication*, trad. fr., Hatier-Crédif (LAL), París 1984.
- KANT, I., *Crítica de la razón pura*, trad. esp., Alfaguara, Madrid 1978.

- KENNEDY, G., *The Art of Persuasion in Greece*, Princeton University Press, Princeton, N. Jersey 1963.
- KENNEDY, G., *Greek Rhetoric under Christian Emperors*, Princeton University Press, Princeton, N. Jersey 1983.
- KERBRAT-ORECCHIONI, C., *Les interactions verbales*, I, Armand Colin, París 1990.
- LABOV, W., *Sociolinguistique*, trad. fr., Minuit, París 1976.
- MAGGINI, F., *Brunetto Latini. La Rettorica*, Le Monnier, Florencia 1968.
- McDERMOTT, R. P.–GOSPODINOFF, K.–ARON, J., “Criteria for an Ethnographically Adequate Description of Concerted Activities in their Contexts”, *Semiotica* 24 (1978) 245-75.
- McDERMOTT, R. P.–TYLBOR, H., “On the Necessity of Collusion in Conversation”, *Text* 3 (1983), 277-98.
- MEILLET, A. *Aperçu d'une Histoire de la langue grecque*, 7^a ed., Avec bibliographie mise à jour et complétée par Olivier Masson, París 1965.
- PERELMAN, CH. *Rhétorique et Philosophie*, París 1952
- PERELMAN, CH.–OLBRECHTS-TYTECA, L. *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*, trad. esp., Gredos, Madrid 1989.
- PERELMAN, CH.–OLBRECHTS-TYTECA, L. *La Nouvelle Rhétorique. Traité de l'argumentation*, París 1958.
- PORTER, S. E. (ed.) *Handbook of Classical Rhetoric in the Hellenistic Period (330 B. C.-A. D. 400)*, Leiden-Nueva York-Colonia 1997.
- PRETI, G. *Retorica e logica. Le due culture*³, Einaudi, Turín, 1968.
- RABE, H. *Prolegomenon Sylloge*, Leipzig 1931.
- ROBERTSON, J. M. (ed.), *The Philosophical Works of Francis Bacon*, George Routledge and Sons, Londres 1905.
- ROBINSON, R. *Aristotle Politics. Books III and IV translated with Introduction and Comments by R. Robinson. With a supplementary Essay by David Keyt*, Oxford 1995.
- SPERBER, D. “Rudiments de rhétorique cognitive”, *Poétique* 23 (1975), 389-415.
- SPERBER, D. – WILSON, D. *Relevance. Communication and Cognition*, Blackwell, Oxford 1986; Cambridge (Mass.) 1986. *Relevancia, comunicación y procesos cognoscitivos*, trad. esp., Visor, Madrid 1994.
- WINKIN, Y. (ed.): *La nouvelle communication*, trad. fr., Seuil, París 1981.
- WORTHINGTON, I. (ed.) *Persuasion: Greek Rhetoric in Action*, Routledge, Londres-Nueva York 1994.